

La articulación del pensamiento martiano, el marxismo y el leninismo en Fidel Castro: la relación entre historia, cultura y pensamiento revolucionario

Acerca de la formación ideológica de Fidel Castro

Fidel Castro ocupa un lugar significativo en la asimilación del pensamiento martiano y en su articulación con la ideología del proletariado en Cuba, a partir de su irrupción como figura revolucionaria nacional, y luego del asalto a las fortalezas orientales en 1953, como líder de una nueva fuerza revolucionaria la Generación del Centenario, de cuyo seno surgiría el Movimiento 26 de Julio. Desde entonces, su pensamiento y su acción revolucionaria propiciaron un cambio de calidad en este proceso que tuvo dos momentos anteriores: a) la herencia martiana y el antiimperialismo liberal de corte positivista (1898-1920); b) el redespertar de la conciencia nacional, el rescate del pensamiento martiano y su articulación con el marxismo y el leninismo (1920-1953).

En Fidel Castro se cumple de forma peculiar lo que hemos considerado una regularidad en la evolución del pensamiento cubano en este siglo: el acceso al marxismo y al leninismo desde una inicial formación martiana. De manera empírica, en el hijo del propietario de tierras en Birán se forman en la infancia sentimientos y valores como la rebeldía, el sentido de la dignidad personal y de la justicia social, que sirvieron de punto de partida a una autodidacta concientización revolucionaria que tuvo su primera orientación en las obras de José Martí y en la historia nacional.

Entre los factores que el propio Fidel Castro ha señalado como determinantes en su formación durante su niñez y su adolescencia habría que destacar los siguientes: la no existencia en el seno familiar de la cultura ni de los prejuicios de clase de los terratenientes; la convivencia con los hijos de los campesinos y obreros agrícolas en las tierras del padre; la presencia, en la familia y en las escuelas católicas donde estudió, de una ética religiosa a través de la cual adquiere el sentido del bien y el mal; la propia experiencia personal, que le permite constatar de cerca la miseria de los demás en contraste con los privilegios —como el de poder estudiar, por ejemplo— que tenían él y sus hermanos. A ello se suman valores inculcados por los profesores como el sentido del honor, el aprecio por la rectitud de las personas, la franqueza, la valentía, la capacidad de sacrificio:

“Si tú mezclas valores éticos, espíritu de rebeldía, rechazo a la injusticia [---(...)] que otra gente no valora, un sentido de la dignidad personal, del honor, del deber, todo eso a mi juicio, es la base elemental que puede hacer que un hombre adquiriera después una conciencia política. Cuando más, en mi caso, no la adquiero porque proceda de una clase pobre, proletaria, campesina [---(...)] no la adquiero por mis condiciones sociales; mi conciencia la adquiero a través del pensamiento, a través del razonamiento, y a través del desarrollo de un sentimiento y de una convicción profunda” (Castro, F. 55, p. 156).

En esa misma dirección Fidel Castro aclara que: “Además, con una circunstancia especial: las ideas políticas no me las inculcó nadie [---(...)] Yo tuve que ser, desgraciadamente, preceptor de mí mismo a lo largo de mi vida. Y cuánto hubiera agradecido que alguien me hubiera [---(...)] enseñado de política [---(...)] me hubieran inculcado las ideas revolucionarias” (Castro, F. 55, p. 156).

También Fidel Castro ha relatado en numerosas ocasiones, la forma en que entró en contacto con las ideas revolucionarias y sus primeros conocimientos sobre historia de Cuba y el pensamiento martiano:

“Claro, yo antes de ser comunista utópico o marxista, soy martiano, lo voy siendo desde el Bachillerato [---(...)] Yo fui siempre también un profundo y devoto admirador de las luchas heroicas de nuestro pueblo por su independencia en el siglo pasado [XIX] [...] Yo digo que en el pensamiento martiano hay cosas tan fabulosas y tan bellas, que uno puede convertirse en marxista partiendo del pensamiento martiano. Claro que Martí no explica la división de la sociedad en clases; aunque era el hombre que siempre estuvo del lado de los pobres, y fue un crítico permanente de los peores vicios de una sociedad de explotadores” (Castro, F. 55, pp. 158 y 159).

El primer encuentro con las ideas marxistas lo tiene Fidel Castro siendo ya estudiante de Derecho y Ciencias Políticas, (1945-1950) de forma simultánea con el inicio de sus actividades políticas: “[---(...)] sólo estudiando la economía política capitalista, empiezo a sacar conclusiones socialistas y a imaginarme una sociedad cuya economía funcionara de forma más racional” (Castro, F. 55, p. 158).

El *Manifiesto del Partido Comunista* parece haber sido uno de los primeros textos marxistas leído por Fidel Castro:

“[---(...)] cuando yo me topo con el *Manifiesto Comunista* por primera vez, veo una explicación; y en medio de aquel bosque de acontecimientos, donde era muy difícil entender el porqué de los fenómenos y donde todo parecía consecuencia de la maldad de los hombres [---(...)] empiezas a ver otros factores que no dependen ya

del hombre con su moral o su actitud individual; empiezas a comprender la sociedad humana, el proceso histórico, la división que tu estás viendo todos los días [---(...)] ¿Y quién lo podía saber mejor que yo, que viví las dos cosas, y hasta en parte padecí las dos cosas? ¿Cómo no comprender la experiencia que uno mismo había vivido, la situación del propietario y la del que no tenía tierra [---(...)]? (Castro, F. 55, p. 159).

La inicial formación marxista se completó por entonces con obras como *El Capital*, de Marx; *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels (que entrega a su hermano Raúl Castro para que iniciara su formación marxista), y con *El imperialismo, fase superior del capitalismo* y *El Estado y la revolución*, de Lenin.

La Universidad de La Habana desempeñó sin duda un importante papel en la formación ideológica de Fidel Castro, y en su proyección como dirigente juvenil. El más alto centro docente del país era la réplica, en pequeño, de la república neocolonial en los años de los gobiernos auténticos que precedieron al golpe militar del 10 de marzo de 1952. La Federación Estudiantil Universitaria fundada por Mella en 1923 había dejado de ser una organización revolucionaria, para devenir objeto de manipulación de las diferentes facciones politiqueras y gangsteriles que minaban los partidos tradicionales, cada una de las cuales se autodenominaba revolucionaria.⁵⁴

Un reducido grupo de estudiantes luchaba por mantener viva la tradición revolucionaria de la que fueron exponentes el Directorio Estudiantil de 1927, el de 1930, y el Ala Izquierda Estudiantil —desprendimiento de izquierda de este último—, desde su militancia en la Juventud Socialista (organización juvenil del Partido Socialista Popular, nombre que asume el primer Partido Comunista de Cuba a partir de 1944), o desde posiciones independientes. Pero el alcance de sus acciones era muy reducido por la composición clasista del alumnado, y por los prejuicios anticomunistas. La corrupción política y administrativa se hacía sentir también en la vida interna del más alto centro docente del país.

En 1947, Eduardo Chibás funda el Partido de Pueblo Cubano (Ortodoxos) en momentos en que, iniciada la guerra fría y el macartismo, los comunistas eran expulsados por la fuerza del movimiento obrero —su base fundamental— y arreciaba la persecución y las campañas ideológicas antimarxistas. La Ortodoxia se presentó ante determinados sectores de izquierda⁵⁵ que se oponían al autenticismo, como una nueva opción, atraídos por las consignas reformistas que, con un lenguaje mucho más moderado acorde con las nuevas circunstancias retomaban algunas de las consignas nacionalista-reformistas que, demagógicamente, Ramón Grau San Martín había incluido en el programa inicial del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) que fundara en 1934, con el objetivo de apropiarse de las simpatías que las masas populares sentían por las

posiciones nacionalistas revolucionarias antiimperialistas de Antonio Guiteras.

Era lógico que la lucha contra la corrupción politiquera expresada en el lema: “Vergüenza contra dinero” contribuyera a que, en el seno de la Ortodoxia, se nuclearan amplios sectores de las masas populares. Tanto fue así que en vísperas de las elecciones de 1952, la Ortodoxia se perfila como una salida política por vías institucionales, considerada peligrosa por el imperialismo norteamericano, a pesar de que, sobre todo tras la muerte de Chibás en 1951, la dirección del Partido había sido copada por elementos politiqueros, dispuestos a servir incondicionalmente a los intereses del Norte a cambio de acceder al gobierno, con posiciones descarnadamente anticomunistas, precisamente porque no pasó inadvertida para Washington la fuerza latente entre afiliados y simpatizantes de base, especialmente los jóvenes, los intelectuales honestos, elementos de la pequeña burguesía radical e incluso entre los trabajadores del campo y la ciudad.

Fidel Castro, ingresa en el Partido Ortodoxo desde su fundación y se convierte rápidamente en un líder de prestigio, más allá del ámbito universitario. No es de dudar que sus ideas, desde la inicial toma de conciencia de la situación del país, hubieran rebasado las posiciones de lo que se ha denominado “chibasismo”, pero su sagacidad política probablemente le permitió darse cuenta del potencial revolucionario existente en las bases partidistas.⁵⁶

Desde antes de su ingreso en la Ortodoxia, y también con posterioridad, las luchas en el seno de la FEU, que condujeron a Fidel Castro a enfrentarse sólo y casi siempre desarmado a los grupos estudiantiles vinculados a los círculos politiqueros y gansteriles gubernamentales, y la experiencia de la frustrada expedición contra Trujillo (cayo Confite), van enriqueciendo su experiencia revolucionaria y contribuyen a que comience a elaborar una nueva táctica y estrategia revolucionarias. En estas experiencias iniciales no puede obviarse el contacto con los escasos estudiantes comunistas universitarios y, por medio de ellos, con la Juventud Socialista y el Partido Socialista Popular, a través de los cuales adquirió, a crédito a veces, las obras de los clásicos del marxismo que le sirvieran para profundizar los conocimientos sobre la ideología del proletariado a la que había accedido por su propio camino.

Con los estudiantes comunistas coincidió Fidel en numerosas batallas estudiantiles, primero como estudiante independiente y luego como militante y dirigente de la Juventud Ortodoxa, tanto en los trajines electorales en el seno de la FEU como en actividades antiimperialistas como el Congreso de Estudiantes Latinoamericanos de Bogotá (que le permite tomar parte en la rebelión popular que se genera en ese país a raíz del asesinato del líder izquierdista liberal Eliezer Gaitán); el Comité de la FEU por la Independencia de Puerto Rico; el traslado a La Habana de la campana de la Demajagua, en el que también tomaron parte estudiantes

que militaban en la Juventud Ortodoxa (ver: Aguirre, M. 90; Grobart, F. 111; Martín, L. 124).

Esa misma sagacidad política es la que le permite comprender, todavía siendo estudiante universitario, lo que ha considerado como “una idea clave” en la elaboración del proyecto revolucionario y de su puesta en práctica a partir del asalto al Moncada: en la misma medida en que crecía su formación ideológica y su experiencia práctica, Fidel Castro fue tomando conciencia de que, en las condiciones en que tenían que desarrollar su labor los comunistas de la época, resultaba imposible que pudieran encabezar una revolución que necesariamente tenía que concebirse desde una nueva perspectiva táctica y estratégica. Con posterioridad al triunfo de la Revolución, Fidel Castro se ha referido a este tema exponiendo una serie de razones, algunas de las cuales había concientizado ya en sus años de formación; entre ellas habría que destacar las siguientes:

- El aislamiento de los comunistas de su base de sustentación, el movimiento obrero, por la fuerza, y en general la represión de que eran víctimas; así como la violenta campaña anticomunista desatada entonces, por los Estados Unidos.⁵⁷
- Las consecuencias internas del justo apoyo a la Unión Soviética a partir de la invasión de las tropas fascistas, que por la coyuntura nacional los pone ante la difícil situación de tener que conformar el frente antifascista con Batista y sus seguidores, figura odiada por las masas populares, lo que les enajenó las simpatías de ciertos sectores de la izquierda⁵⁸ (ver: Castro, F. 19).
- La imposibilidad de poner en práctica un programa revolucionario, cuyas consignas movilizadoras iniciales podían ser sólo las que emanaran de la oposición a la dictadura batistiana, pues durante toda su azarosa existencia, los comunistas cubanos habían mantenido ineludiblemente su posición antiimperialista, sin renunciar jamás al socialismo como fin último del proceso revolucionario.
- La necesidad de aceptar una férrea disciplina partidaria en una organización que durante la mayor parte de su existencia tuvo que actuar en la clandestinidad, lo que le hubiera dificultado llevar a cabo su proyecto (ver: Castro, R. 64).
- El peligro cierto de una agresión directa de los Estados Unidos ante la más mínima posibilidad de triunfo de un movimiento encabezado por los comunistas, y la certeza que de ello tenían las masas populares. Sólo lo que Fidel Castro ha denominado “ataque por los flancos”, de comunistas no conocidos como tales, tenía posibilidad de triunfo en las condiciones de Cuba a principios de la década del cincuenta (ver: Rodríguez, C. R. 88, t. II).

En varias ocasiones, Fidel Castro ha expresado su convicción de que, por todo lo antes expuesto, en

“...[...] las condiciones que existían en el país y en medio de la guerra fría y la cantidad de prejuicios anticomunistas que había en este país, no era posible hacer una revolución desde las posiciones del Partido Socialista Popular, aunque [...] quisiera hacerla. El imperialismo y la reacción habían aislado a este Partido lo suficiente como para impedir, de manera absoluta, la realización de una revolución, y es cuando me pongo a pensar en las vías, los caminos y las posibilidades de una revolución y cómo hacerla. (Castro, F. 19, p. 39).

La singular vía por la cual Fidel Castro se incorpora al movimiento revolucionario —no sin razón ha insistido en que se reclutó a sí mismo— y el derrotero de su autodidacta formación ideológica, que le permiten actuar sin compromisos con ninguna de las organizaciones políticas existentes en el país —la influencia de las tradiciones nacionales, especialmente en lo que se refiere a las vías de lucha del ejército mambí y al pensamiento martiano desde el cual accede al marxismo—, no son ajenos al hecho de que, como Martí en su momento histórico, estuviera en condiciones excepcionales para someter a un riguroso análisis crítico los procesos revolucionarios que le antecedieron y las formas de lucha que prevalecían en los años cuarenta, del cual surge su propia concepción de la revolución que —como él mismo ha expresado— estaba conformada en sus lineamientos generales antes del golpe militar del 10 de marzo, aun cuando el cuartelazo lo obligó a hacer variaciones tácticas (ver: Castro, F. 25; Castro, R. 64).

Es precisamente la elaboración y puesta en práctica de ese proyecto revolucionario⁵⁹ —capaz de sacar al país del aparente callejón sin salida en que lo habían sumido los gobiernos auténticos y el batistato—, lo que nos permite pensar que, a partir del surgimiento de la Generación del Centenario como nueva fuerza revolucionaria en el país, y sobre todo del asalto a las fortalezas orientales en 1953, se produce un cambio de calidad en el proceso de articulación de las tradiciones nacionales revolucionarias, especialmente el pensamiento martiano y la ideología del proletariado, cuyo rasgo caracterizador esencial es la nueva perspectiva táctica y estratégica del proceso revolucionario:

“Desde antes del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, yo tengo una concepción revolucionaria y hasta una idea de cómo llevarla a cabo.

Yo digo que no tuve un preceptor, grande tiene que haber sido el esfuerzo de razonamiento en tan poco tiempo, para elaborar y poner en práctica esas ideas. Para ello fue decisivo lo que aprendí del marxismo-leninismo. Creo que mi contribución a la Revolución Cubana consiste en haber realizado una síntesis de las ideas de

Martí y del marxismo-leninismo, y haberla aplicado consecuentemente a nuestra lucha” (Castro, F. 55, pp. 163 y 164).

La experiencia práctica⁶⁰ le permite, además de superar los prejuicios que confiesa haber tenido inicialmente en relación con los comunistas y su partido —no contra el marxismo y el leninismo— como consecuencia del medio ambiente histórico en el que se había formado, ir remodelando, en la medida en que cambiaban las circunstancias coyunturales, la forma de llevar a cabo el proyecto revolucionario que años más tarde quedaría plasmado en el programa del Moncada y en *La historia me absolverá*.

Entre los rasgos que distinguen el liderazgo de Fidel Castro en el proceso revolucionario cubano de una dirección pequeño-burguesa y lo sitúan como jefe indiscutible de la vanguardia revolucionaria en Cuba a partir del Moncada, se han destacado los más sobresalientes: la influencia del marxismo que deviene punto de partida de sus concepciones fundamentales; ausencia de anticomunismo en el sentido ideológico y político inmediato; respeto por los comunistas y comprensión de la necesidad de colaboración con ellos; clara visión del papel del proletariado en el proceso revolucionario; concepción de la revolución en su carácter antiimperialista y como proceso de hondo contenido social que en buena medida coincide en sus contornos con la revolución socialista⁶¹ (ver: Rodríguez, C. R. 88, t. II), a lo que habría que añadir su capacidad para articular el pensamiento martiano como síntesis de las tradiciones nacionales revolucionarias y la ideología del proletariado, y su aplicación consecuente en la transformación de la sociedad cubana.

La articulación del pensamiento martiano, el marxismo y el leninismo en Fidel Castro: *La historia me absolverá*

El 28 de enero de 1953, cuando Fidel Castro descendía la escalinata universitaria al frente de la compacta masa juvenil que, antorcha en mano, conmemoraba así el centenario del natalicio de José Martí, había encontrado ya el camino para poner en práctica su proyecto revolucionario. Necesitaba un pequeño motor que pusiera en marcha la revolución, una acción que demostrara que ese proyecto no tenía nada que ver con la demagogia politiquera que el pueblo conocía y repudiaba, de una parte, y, por otra, que era posible que las masas populares tomaran el poder en lucha frontal contra el ejército. El 26 de julio de 1953, ese pequeño motor echaba a andar. El fracaso militar, hijo de la casualidad y de la inexperiencia, no impidió el favorable impacto político revolucionario. Fidel Castro se convertía, a los ojos de las masas populares, en el líder de la revolución que comenzaba. El *Granma* sería el nuevo detonador en 1956. Entonces, el inicial propósito de marchar a las montañas si fracasaba la insurrección popular que debía seguir al asalto de las

fortalezas santiagueras, deviene punto de partida del nuevo plan. Esta vez la casualidad y la inexperiencia pudieron ser superadas.

La historia me absolverá y el programa del Moncada, que debían haber sido divulgados paralelamente a la toma del cuartel, contienen la primera formulación de los objetivos, medios y fines de la revolución. Dado a conocer clandestinamente mientras los asaltantes guardaban prisión, permitieron desarrollar un ingente trabajo de concientización en el seno de las masas que conformaron la Generación del Centenario como nueva fuerza revolucionaria debidamente organizada a partir de entonces bajo el nombre de Movimiento Revolucionario 26 de Julio, como centro gestor de la guerra necesaria —concebida en buena medida siguiendo la tradición mambisa y sobre todo la concepción de la gesta de 1895—, destinado también a garantizar el necesario apoyo popular al movimiento armado, funciones que cumplió durante los dos años que duró la lucha en la Sierra Maestra.

En la fundamentación teórica e ideológica de este proceso se evidencia la madurez del pensamiento revolucionario de Fidel Castro, y la claridad con que concibe la táctica y la estrategia revolucionaria. Al mismo tiempo, estos documentos evidencian la creatividad, el espíritu crítico, el respeto y la admiración por las tradiciones revolucionarias nacionales que conocía en sus aspectos esenciales, y la capacidad para articularlas con las ideas y la ~~ideología y~~ experiencia del movimiento revolucionario marxista y leninista que considera como lo más avanzado de nuestra época.

Y es que con toda evidencia, Fidel Castro, precisamente gracias a la influencia martiana en que se habían inspirado Mella y Villena y los marxistas cubanos que le antecedieron en el seno de la izquierda, arriba tempranamente a una conclusión similar a la que varias décadas antes sirviera de fundamento al gran marxista peruano José Carlos Mariátegui, para la asimilación de la ideología del proletariado en América Latina, tarea que comparten Mella y Villena en Cuba: el marxismo en América no podía ser “ni calco ni copia, sino creación heroica”, y para ello resultaba imprescindible comprender que “El marxismo [...] no es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de principios rígidos iguales para todos los climas históricos y todas las latitudes sociales [...]. El marxismo en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades” (Mariátegui, J. C., 72, p. 255).

El temprano interés por la historia de Cuba y universal y su expresión en las ideas (como en Martí y en los creadores de la ideología del proletariado y sus fundadores en la América Latina), deviene en Fidel Castro elemento esencial para la comprensión del presente y la proyección del futuro, y elemento insoslayable, por tanto, para la elaboración de un proyecto revolucionario y un modelo de sociedad. Es por ello que este interés desempeña un importante papel en este proceso de articulación de la ideología del proletariado y las tradiciones nacionales, entre otras

razones, porque es uno de los aspectos de la producción espiritual martiana donde aparecen expuestos con mayor profundidad teórica elementos de continuidad con respecto a la concepción materialista de la historia, y permite por ello mismo percibir con mayor nitidez aquellos en los que el marxismo constituye una concepción superadora y los que exigen una ruptura, todo lo cual permite develar las diferencias esenciales entre el método histórico-político martiano de conocimiento de la sociedad con sus mediaciones socioculturales y el elaborado por Marx y Engels, aun cuando, como ocurrió con sus predecesores en Cuba, tampoco en Fidel Castro haya evidencias de haberse percatado de forma plenamente consciente, de la existencia de este método en las ideaciones martianas. Tales nexos se dan también entre las concepciones martianas en torno a la cultura y en aspectos importantes de sus ideas sobre la política (ver: Miranda, O. 136).

No es de dudar, por todo ello, que en Fidel Castro, el conocimiento de la obra martiana —a más de inducirlo a la búsqueda entre las corrientes de pensamiento más generalizadas internacionalmente en nuestra época, la teoría capaz de dar respuesta a nuevos problemas no existentes, o poco desarrollados en el momento histórico martiano— le haya permitido percatarse de la existencia de esos nexos de continuidad, ruptura y superación entre una y otra concepción del mundo y de la sociedad sobre todo, y por ello, de la posibilidad de articular —unir, sintetizar, ha dicho en algunas ocasiones— ambas líneas de pensamiento sobre todo en lo concerniente a la teoría de la revolución en Cuba y en la América Latina.

Entre esas ideaciones martianas que podían desempeñar tal función, susceptibles de ser asimiladas por Fidel Castro, habría que destacar las siguientes: la relación entre lo general y lo específico, lo nacional y lo internacional en la formación de hombres y pueblos; la historia como historia de la cultura, en sus fundiciones de ciencia, memorias históricas y arma ideológica en la lucha nacional-liberadora, y por todo ello, fundamento de la política; la cultura como el conjunto de la producción material y espiritual y la autoformación del hombre, factor esencial en la conversión de las masas populares en jefes de las revoluciones; los nexos entre ética y política y la relación de ambas con los intereses económicos; la distinción entre revolución social y revolución política, clasista y nacional-liberadora respectivamente, y la priorización de esta última en los pueblos que luchan por su libertad.

Fidel Castro contaba a su favor, al iniciar su autodidacta ascensión de la ideología del proletariado desde la inicial formación martiana, con el proceso de inversión —que de hecho habían llevado a cabo los fundadores del marxismo y el leninismo en Cuba y sus continuadores— del método histórico-político martiano a partir de la asimilación de la concepción materialista de la historia, cuya articulación formaba parte del medio ambiente cultural en el seno de las fuerzas de izquierda, el conocimiento directo de los textos de marxistas cubanos y latinoamericanos que

circulaban legalmente en los años cuarenta, publicados o distribuidos por los comunistas con quienes tenía contactos, junto a obras de los clásicos (ver: Miranda, O. 133).

Poco después del juicio por los sucesos del Moncada, probablemente cuando andaba enfrascado en escribir y hacer llegar al exterior el manuscrito de *La historia me absolverá*, en una carta fechada el 27 de enero de 1954, daba muestra fehaciente de su asunción de la concepción materialista de la historia, al analizar la relación de las ideas de los grandes hombres con sus circunstancias epocales:

“El pensamiento humano está indefectiblemente condicionado por las circunstancias de la época. Si se trata de un genio político, me atrevo a afirmar que depende exclusivamente de ella. Lenin en época de Catalina, cuando la aristocracia era la clase dominante, habría podido ser un esforzado defensor de la burguesía, que era entonces la clase revolucionaria [---(...)] Martí, de haber vivido cuando la toma de La Habana por los ingleses, hubiera defendido junto a su padre el pabellón de España.

[---(...)] Si se trata del genio literario, artístico o filosófico, no depende en igual grado. Y todas las ideas, aun de hombres geniales, están condicionadas por la época” (Castro, F. en Mencía, M. 131, p. 25).

De estos días de prisión, en los que organizara la Academia Ideológica Abel Santa María y la Biblioteca Raúl Gómez García, cuando escribía a amigos y familiares pidiendo solamente libros, daba clases a sus compañeros, de Filosofía, Historia Universal, Economía y Oratoria, y leía a Varela, Marx, Lenin, Kant, Rolland, Calderón, Víctor Hugo, entre otros autores, data el comentario sobre las *Crónicas de la Guerra*, de Miró Argenter: “Su libro fue para todos nosotros una verdadera Biblia (hablo de los que se inmolaron el 26 de Julio y de los que sufren prisión o destierro). Muchas veces recorrió con él nuestro pensamiento la inmortal marcha del Ejército Invasor [---(...)] tratando de captar cuanto detalle táctico o estratégico pudiera reportar una experiencia útil” (Castro, F. en Mencía, M. 131, p. 34).

De esta misma época son los fragmentos subrayados en las *Obras completas* de José Martí, y la expresa declaración de su inquietud por la falta de tiempo para saciar su sed de apropiarse de la cultura, especialmente de la historia patria y universal y de las ideas:

“Cuando leo una obra de algún autor famoso, la historia de un pueblo, la doctrina de un pensador, las teorías de un economista o las prédicas de un reformador social, me abrasa el deseo de saber las obras de todos los autores, las doctrinas de todos los filósofos, los tratados de todos los economistas, las prédicas de todos los apóstoles. Todo lo quiero saber, y hasta las listas bibliográficas de

cada libro las repaso acariciando la esperanza de leer los libros consignados” (Castro, F. en Mencía M. 131, p. 21).

El hombre que planea y dirige el asalto al Moncada y plasma en *La historia me absolverá* el programa de la revolución desde una nueva concepción táctica y estratégica, es un hombre culto que sabe, como Martí y como Marx y Lenin, que la política para ser revolucionaria, tiene que ser dirigida hacia lo posible y desentrañar lo que no se ve, y que para ello tiene que ser científica, partir de los problemas propios y de las condiciones específicas que los originan, y del contexto epocal en el que se desarrollan los procesos revolucionarios nacionales; y que esos conocimientos tienen que llegar de forma general a las masas populares que han de llevar a cabo las revoluciones, teniendo en cuenta lo que son capaces de entender y asimilar en cada momento, vinculando los conocimientos con la experiencia vivida, con la práctica revolucionaria y con sus intereses más inmediatos, para de ahí avanzar hacia objetivos más altos.

Se ha dicho con razón que *La historia me absolverá* tiene sus raíces históricas en el “Manifiesto de Montecristi”, pero que también apunta hacia el *Manifiesto del Partido comunista* (ver: Rodríguez, C. R. 88, t. II). El origen martiano de esta concepción en torno a la formación del sujeto de la revolución nacional-liberadora a partir de las masas populares, es tan evidente como los elementos de la táctica y la estrategia militar que Fidel Castro asume de las ideas de Maceo, Gómez y el propio Martí.

También se ha afirmado que Fidel Castro asimila creadoramente elementos esenciales de la teoría leninista de la revolución. Entre esos elementos leninistas habría que destacar los siguientes (ver: Aguirre, M.; I. Monal y D. García, 90):~~xxxx~~

- La ley fundamental de las revoluciones: que los de abajo no quieran y los de arriba no puedan seguir viviendo a la antigua, expresada en las convicciones de Fidel Castro en torno a que, por quedarse sin salida después del 10 de marzo, sería imposible para el pueblo cubano seguir viviendo, por lo cual la salida a la situación estaba más cerca que nunca.
- Era posible, pese al retraso ideológico y la inercia política, que las masas comprendieran la situación existente, siempre que se creara una crisis gubernamental capaz de arrastrar a los sectores más atrasados a la lucha: el Moncada y el *Granma*.
- Había que lograr el enfrentamiento del pueblo a la dictadura y abrir brechas hacia cambios más profundos, más allá de la vuelta a la vieja normalidad.
- La elaboración de un programa que respondiera a las exigencias históricas, llevando el empeño revolucionario a su punto máximo, sin sobrepasar lo que permitían las condiciones objetivas y subjetivas.

Fidel Castro interpreta también creadoramente el presupuesto leninista en torno a que la propia lucha sería un medio de concientización del ejército, propiciando que parte de este se incorporara a la revolución, al romper, en el caso de Cuba, con la idea de que una revolución podía hacerse con el ejército o sin él, pero no contra el ejército, de lo cual el juicio del Moncada y la lucha en la Sierra fueron plasmaciones concretas.

Por último, es necesario recordar que para Fidel Castro, como para Marx y Lenin, el problema de la toma del poder político y la destrucción del viejo Estado constituían elementos claves para el triunfo y la permanencia de la revolución. Se sabe de sus ingentes esfuerzos por impedir que la lucha se frustrara con la instauración de un gobierno de facto y la celeridad con que se desarticulaban todas las instituciones gubernamentales apenas el Ejército Rebelde ocupó todo el país como centro verdadero de poder. Un estudio pormenorizado de los puntos de contacto y las diferencias entre las concepciones martianas y leninistas en torno a la revolución, permitiría comprobar con más detalle y profundidad lo que de todas formas se hace evidente: la posible articulación entre numerosos aspectos de ambas teorías, a condición de que estas fueran analizadas críticamente, teniendo en cuenta las condiciones concretas de la Cuba de los años cincuenta tal y como, a toda luces, hizo Fidel Castro.

Entre los aspectos de la nueva realidad cubana que Fidel Castro debió tener en cuenta, está sin duda la situación internacional en varios aspectos claves: a) la existencia de la URSS y el campo socialista como elemento acelerador de la lucha nacional-liberadora a nivel mundial; b) el peligro de una agresión imperialista al estilo de las ocurridas en Cuba y en la América Latina a partir de la intervención norteamericana en la Isla en 1898; c) la influencia del fatalismo geográfico; d) la ausencia de una extendida y profunda conciencia antiimperialista en las masas populares, y los prejuicios antimarxistas, antisocialistas y anticomunistas que la ofensiva ideológico-política y cultural de los Estados Unidos en las últimas décadas republicanas, había entronizado en el seno del pueblo.

Por ello, el programa de la revolución tenía que ser lo suficientemente amplio como para aglutinar a todas las fuerzas dispuestas a luchar contra la dictadura batistiana, y al mismo, tiempo debía ser la resultante de un profundo estudio de la realidad política, social y económica del país de modo que, una vez cumplidos los objetivos nacional-liberadores, permitiera la proyección socialista de la revolución. Todo ello, expresado con un lenguaje que no podía ser, por su forma, el utilizado habitualmente por los comunistas cubanos, pero que en su esencial contenido apuntara hacia las reivindicaciones antiimperialistas y antineocoloniales que los marxistas y leninistas cubanos habían defendido ineludiblemente desde Baliño y Mella. De ello dependía la unidad de las fuerzas revolucionarias, y la posibilidad de conjurar la reacción imperialista, hasta tanto la revolución fuera lo suficientemente fuerte como para enfrentarla con éxito. Era esta última una lección martiana bien asimilada por Fidel Castro, cuya justeza había quedado plenamente

evidenciada en la Revolución de 1933. La prolongación de las aristas más radicales de ese programa debía conducir, de forma lógico-natural, a la proyección socialista desde la concepción de la insurrección; del mismo modo que, para Martí, en la organización de la guerra necesaria debían estar los presupuestos de la república de equilibrio interno y externo —los democráticos antiimperialistas— que se proponía fundar en Cuba y creía necesaria en Hispanoamérica.⁶²

La historia me absolverá es mucho más que un programa, es un profundo análisis de la realidad política, social y económica de Cuba que tiene en cuenta el contexto internacional en el que se insertaba la Isla, hecho por un marxista y leninista en formación, que accede a la ideología del proletariado impelido por el ideario martiano.

Del estudio de este histórico documento puede deducirse que, ya para entonces, el jefe del asalto al Moncada sabía que el proceso de concientización de las masas populares que debían ser el sujeto de la revolución, tenía que partir del democratismo antiimperialista martiano, puesto que por lo avanzado para su momento histórico, mantenía vigencia en tanto había logrado calar en parte de la esencia de un fenómeno que apenas se iniciaba.

Pero Fidel Castro sabía ya también por entonces, que en ese análisis había que valerse del instrumental teórico-metodológico marxista no utilizado deseconocido por Martí, el mismo que sirviera a Lenin para desentrañar con mayor profundidad esa esencia, cuando el imperialismo se había internacionalizado creando un sistema de dominación neocolonial planetario. De ahí la inteligente propaganda antiimperialista fidelista basada en la obra martiana, en la que se percibe el dominio de las concepciones marxistas y leninistas; todo ello expresado con la cautela con que Martí abordara esta problemática antiimperialista y en torno a la revolución social, en *Patria*:

“El 85 por cierto de los pequeños agricultores cubanos está pagando renta y vive bajo la perenne amenaza del desalojo [---(...)] Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas, están en manos extranjeras. En Oriente [---(...)] las tierras de la United Fruit Company y la West Indian unen la costa norte con la costa sur. Hay doscientas mil familias campesinas que no tienen una vara de tierra donde sembrar viandas [---(...)] y, en cambio, permanecen sin cultivar, en manos de poderosos intereses, cerca de trescientas mil caballerías de tierras productivas (Castro, F. 60, p. 84)

Fidel Castro enumera los problemas cruciales del país y las leyes que se pondrían en vigor apenas triunfase la revolución. Con ello dejaba bien esclarecido el carácter nacional-liberador, y por ello mismo antiimperialista y antineocolonial, del proceso en las condiciones históricas de los años cincuenta en Cuba, la reforma agraria y la industrialización, el desarrollo de la educación, en especial la técnica

industrial y agrícola, por citar sólo algunos ejemplos, ofrecían suficiente prueba de esta orientación que daba cumplimiento en las nuevas condiciones históricas al proyecto martiano; a ello se une la declaración expresa del latinoamericanismo del Maestro, y, como para que no hubiera dudas, se refiere a la nacionalización de los trust eléctrico y telefónico que el pueblo identificaba con la actuación de Guiteras.

Como Martí, para Fidel Castro el sujeto de la revolución eran las masas humildes, el pueblo, que a fines del siglo XIX podía y debía incluir a los ricos —en los que Martí tenía ya muy poca confianza en lo que a sentimientos patrióticos se refiere— capaces de asumir posiciones como las de los patriotas del 68. Pero a mediados del siglo XX, para Fidel Castro era evidente, como lo fue para los marxistas que le antecedieron, la estrecha vinculación de sus intereses a los del imperialismo.

La posición decidida de Martí del lado de las masas que sufren, podía articularse perfectamente con la comprensión de la tesis leninista en torno a que, en determinadas condiciones históricas, los objetivos de la revolución democrático-burguesa podrían cumplirse a condición de que el proletariado —en quien Martí había visto la clase más confiable en lo que a la lucha por la independencia se refiere— y sus aliados naturales, asumieran la dirección del proceso, tesis que Fidel Castro adecua a las condiciones específicas de la revolución nacional-liberadora de Cuba, sin cerrar totalmente el camino de la lucha a elementos de aquellos sectores que dentro de la burguesía, temían a esas masas, aun cuando sus intereses particulares estaban en contradicción con el imperialismo: la débil burguesía industrial no azucarera.

Por ello hay en *La historia me absolverá* una minuciosa descripción del contenido del concepto de pueblo si de lucha revolucionaria se trata, que ya por entonces tenía Fidel Castro, en el que no cabía, a diferencia de Martí, ningún receptor de plusvalía. El lugar y el papel que Fidel Castro asignaba a la clase obrera en ese contexto se evidencia en la concepción misma del asalto al Moncada en tanto este hecho debía dar lugar a una insurrección popular en la que el proletariado tendría que desempeñar un papel central.

Al tener que asumir la segunda variante (la lucha en las montañas, la táctica guerrillera del mambisado), la huelga general, que en 1955 había dado muestras de efectividad, pasó a ocupar un importante lugar en la táctica y la estrategia revolucionarias. El fracaso del 9 de abril de **1957** sirvió para ganar experiencia organizativa. Y ante la huida del tirano, el llamado al paro nacional junto al avance del Ejército Rebelde hacia la capital, impidieron el escamoteo del triunfo revolucionario.

Buena parte del texto de *La historia me absolverá* está dedicado a la denuncia de la dictadura batistiana, cuyo derrocamiento constituía el primer paso que debía seguir la revolución de acuerdo con el grado de conciencia del pueblo. Lo interesante de la concepción fidelista en este texto, entre otros aspectos, es la utilización de todo un recuento histórico desde el 68 hasta la Revolución de 1933, para demostrar cómo el dictador

Con formato

Con formato

había superado con creces los más refinados métodos de genocidio y persecuciones, y cómo, sólo la vuelta al espíritu revolucionario y a las ideas democráticas de esa lucha desde la Constitución de Guáimaro, podía salvar al país.

La ilegitimidad de la dictadura no sólo quedaba demostrada a partir del texto de la Constitución del 40, que para Fidel Castro resultaba insuficiente, pero que por sus presupuestos más radicales constituía un factor de unidad y de movilización política. Dando pruebas de un dominio profundo de la Historia Universal y de las ideas jurídicas y políticas, Fidel Castro se vale del liberalismo burgués clásico, surgido en la época de las grandes revoluciones antifeudales. Pero lo más significativo es que la utilización de esta argumentación es puesta en función de la defensa del proyecto revolucionario en el mismo sentido en que lo hiciera Martí en su momento —a partir de las funciones que el Maestro daba a la historia como ciencia que devela leyes, que forma valores y sentimientos patrióticos, por lo que deviene arma de lucha— junto a un enfoque marxista y leninista de esta ciencia en el que, entre líneas, pueden descubrirse elementos claves. Entre ellos: la teoría de las formaciones económico-sociales y de las clases y sus luchas como motor de la historia, la esencia clasista del Estado, y la necesidad de destruir ese Estado burgués. Sobre esto último, y sólo a modo de ejemplo vale la pena recordar el siguiente fragmento:

“~~---~~(...) un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia. A partir de ese instante, el Poder Judicial, que se ha colocado desde el 10 de marzo frente a la Construcción [~~---~~(...)] cesaría como tal poder y se procedería a su inmediata y total depuración [~~---~~(...)] Sin estas medidas previas, la vuelta a la legalidad, poniendo su custodia en manos que claudicaron deshonrosamente, sería una estafa, un engaño, una traición más” (Castro, F. 60, pp. 79 y 80).

En otro pasaje de *La historia me absolverá*, se insiste en la necesidad de un nuevo tipo de Estado: “Y no es con estadistas al estilo de Carlos Saladrigas, cuyo estadismo consiste en dejarlo todo tal cual está y pasarse la vida farfullando sandeces sobre la ‘libertad absoluta de empresas’, ‘garantías al capital de inversión’ y la ‘ley de la oferta y la demanda’, como habrán de resolverse tales problemas (Castro, F. 60, p. 90).

El Ejército Rebelde, como depositario del poder real, constituyó otro elemento determinante en estas concepciones que resultaban imprescindibles para garantizar lo que sería uno de los aportes esenciales de Fidel Castro a la teoría revolucionaria en Cuba y en la América Latina, en la que también se articulan coherentemente las concepciones martianas y marxistas: no debió desconocer Fidel Castro la distinción martiana entre revolución política, de liberación nacional en los pueblos

coloniales, y revolución social, clasista, en países capitalistas desarrollados como los europeos y los Estados Unidos; pero como para los fundadores de la ideología del proletariado en Cuba, en las circunstancias históricas engendradas por el imperialismo maduro, la social no sólo resultaría necesaria sino que tendría que suceder, más temprano que tarde, a la liberación nacional. La influencia leninista en lo que respecta a las revoluciones anticoloniales es evidente. Pero Fidel Castro saca de todo ello conclusiones creadoras a partir de la realidad cubana: la revolución avanzaría de la lucha contra Batista a la de liberación nacional y antiimperialista, y de ahí al socialismo como proceso ininterrumpido bajo una misma dirección revolucionaria, y pensando en ello elabora su alegato de defensa. En el tránsito de una a otra etapa estaría presente, entre otros elementos, la concientización de las masas populares.

También de forma dialéctica, creadora, queda resuelto en su proyecto el problema del proletariado como vanguardia del proceso revolucionario en sus dos momentos: nacional-liberador y socialista. En esta concepción de la revolución están presentes la experiencia martiana del Partido Revolucionario Cubano como movimiento de masas para el logro de la independencia —tanto en lo que concierne a organizar la revolución en sus aspectos estrictamente secretos relacionados con la insurrección armada, como medio de educar a las masas para elevar su conciencia revolucionaria— y la concepción de una vanguardia marxista y leninista a partir de la asunción de la ideología del proletariado, del núcleo gestor del proceso: Fidel Castro y sus más cercanos colaboradores, el Ejército Rebelde como centro de unidad de las diferentes fuerzas revolucionarias y sectores sociales explotados en un mismo sujeto, lo que permitiría, una vez derrocada la tiranía, pasar a una fase superior de integración en un partido único, armado con la ideología del proletariado, como vanguardia necesaria para la proyección socialista de la revolución.

El punto de partida de esa evolución está en *La historia me absolverá*, en el concepto de pueblo si de revolución se trata, en la idea fidelista de la masa honesta pero confundida por la tergiversación de la historia nacional y los prejuicios anticomunistas que la propia lucha debía conducir hacia una postura antiimperialista, a partir de la inicial comprensión de las tradiciones revolucionarias precedentes, en especial el pensamiento martiano y la experiencia de la Revolución de 1933.

Fidel Castro y la articulación del ideario martiano y la ideología del proletariado a partir del triunfo de la Revolución Cubana

El tránsito al socialismo

Si las fuentes fundamentales del antiimperialismo y la lucha por la liberación nacional estaban para Fidel Castro principalmente en las tradiciones histórico-revolucionarias del pueblo cubano y muy

especialmente en el pensamiento martiano, el proceso de concientización de esas masas populares debía seguir el mismo camino de su propia evolución ideológica y de la vanguardia revolucionaria, comenzando por el conocimiento de la verdadera historia de Cuba.

Entre enero de 1959 y abril de 1961, en el discurso fidelista se reiteran ideas dentro de esta temática que, si bien eluden inicialmente el sistema categorial marxista, son el resultado del análisis desde la concepción materialista de la historia que había hecho suyo en los años de formación. Aunque estas primeras ideas serían expuestas con mayor sistematización en 1968, con motivo del Centenario de la Guerra de los Diez Años, ya desde el discurso del 8 de enero de 1959 aparecen presupuestos esenciales de su concepción de la historia en sus nexos con el pensamiento político revolucionario. Cabe recordar que en estos primeros meses del triunfo revolucionario, Fidel Castro recurre, sobre todo, a la historia como formadora de valores y sentimientos patrios,⁶³ aunque como en Martí, no deja de lado, en ningún momento, la función de esta como ciencia; en ambas situaciones el objetivo es el mismo, hacer que el pueblo avance hacia una comprensión cada vez más clara de que el enemigo principal de la independencia de Cuba había sido, desde el siglo XIX, los Estados Unidos, y que sus agresiones cada vez más violentas constituían el peligro mayor para la libertad y la soberanía recién conquistadas.

La argumentación histórica⁶⁴ deviene fundamento de la concientización política en tres direcciones esenciales: a) la Revolución para ser verdadera, no puede limitarse al derrocamiento de la dictadura, ni puede aspirar a la vuelta al *statu quo* anterior; tiene necesariamente que devenir antiimperialista; b) la lucha del pueblo cubano por su liberación ha sido un proceso ininterrumpido durante más de un siglo, en el que se han sucedido varias generaciones que aspiraron a la fundación de una república verdaderamente libre y soberana, que, desde Martí, devino antiimperialista como su expresión más radical; c) la revolución política nacional-liberadora estuvo vinculada en Cuba a la problemática social no sólo por su antiesclavismo, sino, además, por la aspiración martiana de justicia social para los humildes y el respeto a la dignidad plena del hombre.

Entre enero de 1959 y abril de 1961, en la misma medida en que las agresiones imperialistas se hicieron más abiertas y violentas, y el pueblo fue comprendiendo, a través de la práctica revolucionaria, que era posible enfrentarse con éxito a la potencia imperialista más poderosa del mundo, el discurso fidelista sobre estos temas adquirió formas cada vez más radicales en un lenguaje más directo, necesario para explicar con mayor amplitud y profundidad el ineludible derrotero antiimperialista de la Revolución.

La denuncia del papel desempeñado por los Estados Unidos a lo largo de la historia Cuba transitó en el discurso de Fidel Castro, por las mismas etapas por las que atravesó históricamente la evolución del

pensamiento cubano: antianexionismo, antinjerencismo y el democratismo antiimperialista martiano, recurso táctico acorde con la experiencia de su propia formación personal y la de muchos de sus compañeros más cercanos, dictada por el conocimiento del nivel de penetración de la propaganda imperialista en el seno de las masas populares. En la misma medida en que el pueblo fue penetrando en la verdadera esencia socioeconómica y política del neocolonialismo, se abrieron las vías para la comprensión de la necesidad de eliminar el capitalismo y de la existencia de nexos de continuidad entre el pensamiento martiano y la ideología del proletariado, junto a la comprensión de que los momentos de ruptura y superación obedecían a la existencia de nuevas condiciones histórico-concretas nacionales e internacionales.

El 2 de enero de 1959, en Santiago de Cuba, Fidel Castro, al denunciar los intentos de frustrar nuevamente la Revolución, planteaba: “Esta vez [---(...)] la Revolución llegará de verdad a su término; no será como en el 95 que vinieron los americanos y se hicieron dueños del país [---(...)] no será como en 1933 que [---(...)] vino el señor Batista, traicionó la revolución---(...)” (Castro, F. 51, vol. I, t. I, p. 3). Pocos días después, en dos intervenciones en los aristocráticos clubes de Leones y Rotarios respectivamente, Fidel Castro advertía que esta vez no habría en Cuba Enmienda Platt y se refería a sus consecuencias:

“Y se implantó la Enmienda Platt [---(...)] o nos portábamos bien [---(...)] en el concepto que le interesaba al país extranjero, o [---(...)] perdíamos nuestra soberanía, pues los Estados Unidos tenían el derecho a intervenir en Cuba [---(...)]

Y entonces aquí se creo un conformismo, una resignación frente a todos los males públicos [---(...)]

Nuestro pueblo tuvo que vivir todo aquel letargo de las primeras tres décadas bajo la égida, bajo la amenaza constante de la intervención extranjera” (Castro, F. 51, vol. I, t. I, pp. 5 y 6).

El 9 de febrero de 1959, Fidel Castro insistía nuevamente en la denuncia del anexionismo como corriente apátrida, que no había dejado de existir en nuestro país en la república neocolonial:

“Nosotros hemos sido víctimas históricamente de la influencia poderosa de los Estados Unidos [---(...)] Esto es algo que tanto Maceo como Martí, como todos los próceres de la independencia comprendieron [---(...)] siempre hubo en Cuba una corriente anexionista [---(...)] que [---(...)] en la historia del país se oponía a la corriente independentista. Era [---(...)] la parte [del pueblo] esclavista [---(...)] Y esa corriente anexionista ha perdurado a lo largo de nuestra historia---(...)” (Castro, F. 51, vol. I, t. I, p. 14).

No podía faltar en el discurso de aquellos primeros días, la demostración del apoyo militar norteamericano a la dictadura batistiana:

“~~...~~(~~...~~) Jefferson Caffery, el señor embajador norteamericano, fue el primero que nos instaló a Batista aquí, y lo tenemos 11 años [~~...~~(~~...~~)] cuando Batista da su golpe de Estado, se encontró misiones militares, que eran en sí un acuerdo anterior, pero [~~...~~(~~...~~)] las misiones militares, mandaron los tanques, mandaron los aviones, y mandaron toda clase de recursos. Eso es verdad” (Castro, F. 51, vol. I, t. I, p. 16).

Siguieron entonces las denuncias del apoyo norteamericano a la contrarrevolución interna, que surge apenas dictadas las primeras leyes revolucionarias no precisamente socialistas; las maniobras para expulsar a Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA); las agresiones armadas desde territorio norteamericano. Es precisamente en ocasión de este último hecho que aparece una de las primeras alusiones directas a los monopolios norteamericanos que eran dueños de la economía del país: en un discurso de octubre de 1959:

“¿Acaso no son [~~...~~(~~...~~)] las más cubanas de todas, las medidas que el Gobierno Revolucionario ha establecido [~~...~~(~~...~~)]? [~~...~~(~~...~~)] Los que no son cubanos son los monopolios extranjeros; la que no es cubana es la Compañía de Electricidad [~~...~~(~~...~~)] la [~~...~~(~~...~~)] de Teléfonos esos latifundios de la United Fruit Company y la Atlántica del Golfo.~~...~~(~~...~~)” (Castro, F. 51, vol. I, t. I, p. 27).

La agudización de las agresiones económicas: supresión de la cuota azucarera en el mercado norteamericano, negativa a vender petróleo a Cuba y a refinar el que se adquirió en la URSS, entre otras (que dieron de hecho inicio al bloqueo económico a la Isla, acelerando el proceso de nacionalización de las empresas extranjeras y las nacionales), fue acompañado por la necesaria profundización del análisis de la dominación neocolonial en su esencia económica y socio clasista, como fundamento de la dependencia política. En 1960 en el discurso fidelista el concepto de imperialismo aparece vinculado abiertamente a la explotación de los trabajadores en Cuba, en su devenir histórico y en su situación actual:

“~~...~~(~~...~~) los problemas con Cuba no se deben a que haya intereses cubanos, trusts y monopolios cubanos queriendo explotar a los trabajadores norteamericanos y al pueblo norteamericano, ¡sino [~~...~~(~~...~~)] a que hay compañías y hay poderosos intereses norteamericanos queriendo explotar a los trabajadores y el pueblo cubano!
Y no tiene Cuba la culpa de la expansión imperialista de los Estados Unidos [~~...~~(~~...~~)] de que valiéndose de la situación de dominio político

que instauraron al final de la contienda intereses norteamericanos [---(...)] se hayan apoderado de nuestras riquezas---(...)” (Castro, F. 51, vol. I, t. I, p. 95).

Fidel Castro insiste, desde los primeros meses de poder revolucionario, en la necesidad de los Estados Unidos y de sus servidores en Cuba, de tergiversar la historia nacional precisamente para impedir que las masas populares adquirieran con el conocimiento del devenir real, una conciencia antiimperialista. Los revolucionarios tenían que ser los más interesados, por ello, en una reinterpretación objetiva, verdadera de esa historia como elemento insoslayable de la concientización del pueblo que debía anteceder a las transformaciones revolucionarias.

La idea de que el pueblo cubano había luchado ininterrumpidamente durante más de un siglo por su independencia constituyó un elemento importante en esta dirección, por ello comienza a perfilarse desde las primeras intervenciones públicas. Pero, entre los elementos que más se reiteran en el discurso fidelista de estos primeros momentos, hay que destacar, además, los siguientes: a) la referencia constante a los líderes de las etapas precedentes (Céspedes, Agramonte, Maceo, Martí) para **destacar resaltar** la disposición de estos a sacrificarlo todo en aras de la independencia y la soberanía nacionales y la decisión de luchar hasta morir si era preciso, no sólo contra la dominación española sino, también, contra las amenazas de otras potencias extranjeras; b) la relación de continuidad de los ideales nacional-liberadores heredados por la generación del 30 en la república y la influencia de Guiteras, Mella y Villena en los combatientes de la última etapa revolucionaria; c) la grandeza y clarividencia de Martí, de quien dice:

“---(...)] fue el más extraordinario de todos los cubanos dijo que ‘toda la gloria del mundo cabía en un grano de maíz [---(...)]’ La historia es confusa y muchas veces falsa. Dios sabe a cuantas gentes tenemos por grandes señores y eran unos perfectos sinvergüenzas [---(...)] hay historias de héroes anónimos [---(...)] llenos de virtudes que nadie conoce” (Castro, F. 38, p. 2).

Insiste, además, en las diferencias epocales entre el momento actual referido y las pasadas etapas de lucha, para demostrar que la victoria alcanzada no podía arrebatársele al pueblo. Esa victoria fue obtenida sin ayuda exterior. Las revoluciones surgen como necesidad y no como consecuencia de caprichos de nadie. La República martiana como objetivo inmediato a alcanzar. El carácter permanente de la revolución mientras haya injusticias que reparar. La responsabilidad de las generaciones que han podido ver el triunfo revolucionario, de llevarlo hasta sus últimas consecuencias y preservar la libertad obtenida: “---(...)] nosotros nos sentimos obligados con nuestros muertos [---(...)] ellos cayeron por hacer

estas mismas cosas [...] ellos cayeron por estos ideales (Castro, F. 12, pp. 34 y 35).

A mediados de 1960, paralelamente a la abierta denuncia del papel desempeñado por el imperialismo norteamericano para impedir la independencia nacional, la atención es puesta en el carácter progresivo de la evolución de las ideas, y en la participación cada vez más amplia de las masas populares en los procesos revolucionarios. Fidel Castro fue introduciendo en sus discursos la idea del carácter clasista del proceso revolucionario. En septiembre de 1960, por ejemplo, en un documento de tanta trascendencia como el pronunciado con motivo de la Primera Declaración de La Habana, afirmaba: “Y las revoluciones no se hacen para dejar las cosas como están [...] las revoluciones se hacen para rectificar todas las injusticias. Las revoluciones se hacen para ayudar a los que necesitan ser ayudados, para implantar justicia[.]” (Castro, F. 26, p. 18).

Pero, desde las primeras intervenciones públicas después de la toma del poder político, el concepto de justicia social como elemento esencial para garantizar la libertad y la soberanía del pueblo en el poder, se define al modo martiano como justicia para las masas humildes, y comienza a precisarse cada vez más nitidamente el contenido de los conceptos de pueblo y masas populares —que ya habían sido expresados en *La historia me absolverá*—, desde la visión marxista de la revolución como lucha de clases antagónicamente opuestas, mediante el cual se analizan las etapas precedentes del proceso nacional-liberador en sus elementos de continuidad, ruptura y superación. En este sentido también hay momentos claves en el discurso fidelista de estos primeros tiempos; lo que determina en última instancia el radicalismo del 68 —además de la liberación nacional— es la posición antiesclavista de sus líderes; el cese de la esclavitud del negro dio paso a otra forma de esclavitud, la asalariada; la nueva etapa de la Revolución debe resolver los problemas del presente con visión de futuro (en este sentido lo que se impone es el cambio radical de las estructuras económico-sociales); la clase obrera, junto al campesinado, los intelectuales y profesionales honestos, deben desempeñar un papel protagónico en el presente, y en ese futuro que hay que constituir.

En esta dirección el pensamiento martiano también ofrecía un importante punto de partida, no contradictorio con la concepción leninista de la revolución democrático-burguesa encabezada por el proletariado en países donde la burguesía no podía ya desempeñar el papel protagónico, en función de crear las condiciones para la revolución socialista, idea presente en Fidel Castro desde el asalto al Moncada, acerca de la cual desarrolla en estos primeros meses toda una línea de análisis para llevarla a la conciencia popular. A modo de ejemplo podrían citarse los siguientes fragmentos de discursos anteriores a abril de 1961.

En mayo de 1959 Fidel Castro plantea: “¿Cómo es posible estar tan ciegos que no veamos el gran objetivo que hoy tiene delante la clase

obrero, junto a todo el pueblo de cambiar la estructura económico-social de la nación?” Pocos meses más tarde insistía en que era necesario transformar las condiciones para darnos cuenta de que “...[...]

tiene la clase obrera su representación, que es el poder de los campesinos, de los obreros, del pueblo...” (Castro, F. 51, vol. II, t. I, pp. 491 y 497).
En noviembre de 1959, Fidel Castro dejaba definitivamente esclarecido el papel del proletariado en el proceso de la toma del poder político y en las transformaciones revolucionarias realizadas. En sus palabras no dejan de reflejarse las ideas martianas con relación a los trabajadores, al mismo tiempo que se evidencia la concepción leninista sobre el papel de la clase obrera en la revolución nacional-liberadora en pueblos neocoloniales.

“Porque fue la clase obrera la que dio, en la huelga general que promovió con el Ejército Rebelde, el puntillazo final a aquellos planes de escamotearle al pueblo la victoria a última hora ... Y ha sido la clase obrera la que en cada uno de los momentos necesarios, en estos diez meses de Revolución, la que ha sido llamada a primera línea ... cuando fue necesario conjurar una traición más cuando llegue la hora posible de tener que defender la Revolución con las armas en la mano ... Quiere decir ... que el papel de la clase obrera, se ha convertido para la patria y para la Revolución en un papel decisivo ... los destinos de la patria y la revolución están en manos de la clase obrera......” (Castro, F. 51, vol. I, t. II, pp. 499 y 500).

Al establecer Fidel Castro la relación entre los conceptos de libertad, soberanía, igualdad y justicia social y concebir a la clase obrera como centro nucleador y parte esencial de las masas populares si de revolución se trata, en su sentido histórico, para develar su tendencia ascendente hacia posiciones cada vez más radicales en el contexto de la lucha anticolonial y antiimperialista, el concepto de progreso adquiere la dimensión revolucionaria propia de la pasada centuria, puesto que implicaba no sólo para Cuba sino para los pueblos latinoamericanos⁶⁵ y en general para todos los países subdesarrollados del mundo, no sólo la liberación nacional del yugo imperialista, sino la profunda transformación de las estructuras socioeconómicas internas de cada país.

Como en Martí, en Fidel Castro la Revolución Cubana también en el siglo XX, tenía una significación universal, que ahora consistía en la necesidad de la continuidad del proceso nacional-liberador y antiimperialista a partir de la proyección socialista, si se quería, en verdad, resolver los problemas que generaba la dominación imperialista, a los cuales la Revolución se había enfrentado decisivamente:

“Los problemas que ha tenido Cuba con el gobierno imperialista son los mismos problemas que tendría Arabia Saudita si nacionaliza su petróleo, o el Irán, o el Irak [---(...)]

Las guerras, desde el principio de la humanidad, han surgido [---(...)] por una razón: el deseo de despojar a otros de sus riquezas. ¡Desaparezca la filosofía del despojo, y habrá desaparecido la filosofía de la guerra! ¡Desaparezcan las colonias, desaparezca la explotación de los países por los monopolios, y entonces la humanidad habrá alcanzado una verdadera etapa de progreso!” (Castro, F. 51, vol. I, t. I, pp. 146 y 147).

Pocos meses después, en abril de 1961, plantea abiertamente la necesidad de hacer desaparecer toda forma de explotación del hombre por el hombre.

Por último, habría que señalar que también en lo que concierne al contenido de los conceptos de patria y nación, hay en el discurso fidelista de estos primeros meses de poder revolucionario una clara delimitación a partir también de la experiencia histórica, en dos dimensiones esenciales: la absorción económica y la dominación política norteamericana en Cuba, habían puesto en peligro (como lo denunciaran diferentes figuras del pensamiento cubano incluidos algunos no partidarios de la independencia como José Antonio Saco) la existencia misma de la nación cubana, de su cultura. La Revolución tenía entre sus presupuestos esenciales, el rescate de esa cultura nacional ahogada en parte por la penetración imperialista en la neocolonia. Fidel Castro concluye afirmando que la patria verdadera es la que se está construyendo con “honradez (---(...)) trabajo (---(...)) sacrificio, dignidad, sacrificio”; por ello, pueden soñar con la patria de mañana los que la están construyendo y fundando “...y para arrancarnos ese sueño tendrán que arrancarnos la vida” (Castro, F. 35, p. 12).

El carácter clasista del concepto de patria quedaba bien delimitado a partir de la precisión del contenido en el presente del presupuesto martiano de “con todos, y para el bien de todos”. Aclara Fidel Castro que ni Martí ni nadie había dicho que la patria era nada más que de unos cuantos y para el mal de casi todo el mundo. En el discurso fidelista, el término *todo* equivalía a la mayoría explotada para quienes la Revolución había hecho justicia. A la altura de los años cincuenta del siglo XX era evidente que esa justicia para los humildes que Martí había proclamado junto al respeto a la dignidad plena del hombre, como divisas esenciales de la república, resultaba antagónicamente opuesta a los intereses de la minoría enriquecida, entre otras razones, porque esta última había renunciado a toda posibilidad de erigirse en burguesía nacional, vinculando su destino como clase a la dominación imperialista.

Los inicios de la construcción del socialismo

Cuando en abril de 1961 se declara el carácter socialista de la Revolución Cubana, en vísperas del ataque mercenario a Playa Girón, el pueblo cubano había alcanzado plenamente una conciencia antiimperialista, y asume la nueva etapa del proceso como una consecuencia natural del cumplimiento del programa del Moncada. Se abrió, a partir de entonces, un nuevo momento en la evolución ideológica de las masas populares, que debían hacer suyo, de forma plenamente consciente, el programa socialista de cuya realización práctica tenía que ser protagonista en condiciones históricas, nacionales e internacionales en extremo difíciles. Tal programa, con sus aciertos y errores, además, tuvo que irse conformando en la práctica cotidiana, en medio de la inédita coyuntura de un país subdesarrollado, bloqueado y agredido por la potencia imperialista más poderosa del mundo, situada sólo a noventa millas de sus costas.

La batalla ideológica interna y el esclarecimiento hacia el exterior de la esencia de la Revolución, debía estructurarse sobre nuevos objetivos tácticos, para dar respuesta al incremento de la propaganda enemiga que se hacía cada vez más sutil, en su afán de dividir al pueblo cubano, provocar una guerra civil y aislar al país de los pueblos latinoamericanos y del resto del mundo.

El discurso fidelista entre 1961 y los últimos años de la década de los ochenta expresa de hecho el principio mariateguiano en torno a que el socialismo en la América Latina tenía que ser creación heroica, ni calco ni copia; pero no sólo como fundamento subyacente de los objetivos, medios y fines de la revolución, sino, además como presupuesto teórico y práctico revolucionario abiertamente proclamado, de modo tal que pudiera ser concientizado plenamente. La articulación entre el ideario martiano y la ideología de la clase obrera se expresa en el discurso de Fidel Castro de estos años, despojado del cauteloso lenguaje de los días del Moncada y de los primeros tiempos de la toma del poder, para convertirse en sí mismo en un elemento de la labor de concientización del pueblo que debía comprender que del mismo modo que las condiciones objetivas internas y externas exigían la proyección socialista de la revolución nacional-liberadora, las tradiciones ideológicas revolucionarias en que esta fase se había fundamentado, tenían que continuar desarrollándose mediante la articulación con lo más radical del pensamiento revolucionario contemporáneo, para poder encontrar soluciones propias a los nuevos problemas inexistentes o poco desarrollados en el siglo XIX. De ahí la insistencia de Fidel Castro en la forma en que él mismo había llegado al marxismo impelido por su inicial formación martiana.

En estos años se mantienen en el discurso fidelista los temas del momento precedente, pero la exposición de estos gana en profundidad teórica con la incorporación de nuevos elementos. Entre estos habría que señalar los siguientes:

- El análisis de la evolución histórica cubana como parte de la historia latinoamericana y universal, desde la concepción dialéctico-materialista, a partir de la explicación al pueblo de la esencia de la teoría de las formaciones económico-sociales, de las clases y sus luchas; del proletariado como núcleo estructurador esencial de las masas populares en tanto sujeto de la revolución socialista; sin desconocer el papel de la subjetividad humana en las transformaciones sociales y el lugar y de la conciencia revolucionaria en estos procesos.
- El pensamiento revolucionario cubano contemporáneo como heredero de las tradiciones nacionales revolucionarias del siglo XIX mediada por la articulación del ideario martiano y la ideología del proletariado.
- El derecho y el deber de asimilar el marxismo y el leninismo de forma creadora y original, desde nuestras raíces histórico-culturales nacionales y las condiciones histórico-concretas presentes, sin considerar por ello que poseemos la verdad absoluta, y respetando otras interpretaciones.
- El derecho y el deber de elaborar nuestra propia concepción del socialismo, fundamentado en los principios de Marx, Engels y Lenin, puestos en función de comprender y transformar la sociedad cubana a partir de sus especificidades concretas, sin pretender convertir en universalmente válida nuestro proyecto, ni caer en localismos extremos de corte chauvinista que desconozcan las experiencias positivas de otros procesos.
- El análisis crítico del proceso revolucionario como una constante directamente relacionada con la formación de la conciencia revolucionaria, en el mismo sentido en que la crítica y la autocrítica habían sido utilizadas por Martí y los fundadores de la ideología del proletariado.
- La significación mundial de la Revolución de Octubre y el papel que desempeñan la URSS y el campo socialista en la contención del expansionismo y la explotación imperialistas y en el desarrollo del movimiento nacional-liberador, y por último la necesidad de la unidad sobre la base de los principios.⁶⁶

En la comparecencia en la Universidad Popular para explicar los sucesos de Playa Girón, plantea Fidel Castro que, como fase superior del capitalismo, el imperialismo está condenado a desaparecer por las leyes de la historia, toda vez que “...[...] tiene que pasar igual que pasó el feudalismo, igual que pasaron las sociedades antiguas, igual que pasó la esclavitud ... la explotación del hombre por el hombre tiene que pasar, la explotación del pueblo por otros pueblos tiene que pasar...[...];” porque habría que imaginarse “...[...] a los señores feudales batallando contra la historia por impedir que el feudalismo desapareciera...[...],” entonces, por

qué “...(...)no va a desaparecer el colonialismo, el imperialismo y el capitalismo” (Castro, F. 5, p. 52).

Se trata de hacer comprender, utilizando un lenguaje coloquial, que no hace concesiones, y expone de forma comprensible a las masas los conceptos marxistas, que “...(...)los que luchan de acuerdo con las leyes del proceso histórico, no tienen que imponer la historia por la fuerza [...(...)] saben que esas leyes [...(...)] no se pueden detener por la fuerza [...(...)] que se cumplirán inevitablemente...(...)”, por eso “...(...)no se desesperan...(...)”, y ese era el caso de los revolucionarios cubanos, de los combatientes de Girón (Castro, F. 22, p. 10).

Esas mismas leyes de la historia hicieron inevitable que, más tarde o más temprano, se produjera la crisis general del imperialismo y el neocolonialismo en cuyas manos había caído Cuba en 1898; esa crisis “...(...)se inició a raíz de la Primera Guerra Mundial con la revolución de los obreros y campesinos, que derrocó al imperio zarista de Rusia e implantó [...(...)] el primer Estado socialista del mundo, iniciando una nueva era en la historia de la humanidad” (Castro, F. 37, p. 15).

La Revolución Cubana formaba, pues, parte de esa historia latinoamericana y universal en sus diversas etapas. Su victoria en 1959, contribuía, por tanto, a la derrota del imperialismo y el colonialismo que, aunque es una necesidad histórica, no se producirá sin las luchas de los pueblos por su liberación y contra la explotación del hombre por el hombre.

En diversas ocasiones Fidel Castro se refiere a la visión martiana, con respecto al peligro imperialista, como uno de sus grandes aportes.⁶⁷ † También Martí había denunciado el papel de la independencia de Cuba en el logro del equilibrio entre las dos Américas y en el mundo en general. El enfoque marxista de nuestra historia demostraba que la pequeña Isla del Caribe, con la victoria de 1959 y la primera derrota del imperialismo en este continente en 1961, formaba parte de la lucha de los pueblos latinoamericanos en primer lugar, y del mundo contra el capitalismo, el imperialismo y el neocolonialismo, en el contexto de la nueva era que había abierto la Revolución de Octubre, porque “...(...)los pueblos son los verdaderos productores de la historia, determinados por las condiciones materiales de su existencia y de aspiraciones a metas superiores de bienestar y libertad, que surgen cuando el progreso del hombre en el campo de la ciencia, de la técnica y de la cultura lo hacen posible” (Castro, F. 37, p. 16).

Otro temas importante entre los que Fidel Castro desarrolla por estos años en relación con la historia de Cuba y su expresión en las ideas, es el referido a la refutación de toda interpretación vulgarizante y por ello extremista de su devenir. Los verdaderos marxistas y leninistas no podían ignorar que la historia de la humanidad y de la evolución del pensamiento no se había iniciado con las revoluciones proletarias, ni con las ideas de Marx, Engels y Lenin. Por el contrario, la clase obrera y sus líderes y teóricos principales en todas las épocas y latitudes, eran herederos de esa

historia precedente que contribuyen a desarrollar hacia etapas más avanzadas como parte de la línea siempre ascendente del progreso. Por ello, el análisis del pasado tenía que fundamentarse en una interpretación verdaderamente materialista y dialéctica, en el estilo de los fundadores.⁶⁸ De no ser así

“...tendríamos que suprimir los libros de Martí porque Martí no fue marxista-leninista, porque Martí respondió al pensamiento revolucionario que cabía en nuestra patria en aquella era.

Por ese camino había que abolir el concepto de revolucionario desde Espartaco hasta Martí [...] habría que caer en la negación de todos los valores, en la negación de toda la historia, en la negación de nuestras propias raíces.

[...] llegaremos a la situación de creernos nosotros ultra revolucionarios y a creer que hemos hecho toda la historia de la patria. Olvidados de las decenas de miles de mambises que cayeron [...] todos los cuales [...] fueron haciendo la historia de la patria...”

Concluye Fidel Castro preguntando ¿Como concebir la historia como una cosa muerta, putrefacta, como una piedra inmóvil? ¿Podría llamarse concepción dialéctica de la historia a semejante cobardía [...] a semejante modo de pensar? ¿Podría llamarse socialismo a semejante fraude?”, para responder que “Quien concibe el marxismo como debe y lo comprenda y lo interprete y lo aplique a la historia, no comete semejante estupidez” (Castro, F. 8, pp. 10 y 11).

Consecuentemente con estos principios que Mella había defendido en los años veinte, en 1968 —con motivo de la conmemoración del centenario del inicio de la Guerra de los Diez Años— Fidel Castro expone, de forma más amplia y acabada, el conjunto de ideas que había venido desarrollando en torno a la relación entre la victoria de Enero y las etapas de lucha precedentes, fijando de hecho los nexos de continuidad y superación, dados respectivamente por el objetivo nacional-liberador que se mantiene hasta nuestros días, y la dirección esencialmente ascendente de los objetivos sociales, como consecuencia de las transformaciones socioeconómicas internas e internacionales; incluso, lo que estos cambios produjeron en la esfera de la ideología:

“...la Revolución es el resultado de cien años de lucha [...] del desarrollo del movimiento político, de la conciencia revolucionaria, armada del más poderoso pensamiento político, armada de la más moderna y científica concepción de la sociedad, de la historia y de la economía, que es el marxismo leninismo, arma que vino a completar el acervo, el arsenal de la experiencia revolucionaria y de la historia de nuestro país” (Castro, F. 43, p. 89).

Fidel Castro destaca la relación que históricamente ha tenido en Cuba la revolución política nacional-liberadora con la problemática social, señalando la esclavitud como factor retardatario del inicio de la lucha independentista y de división en el seno de las clases sociales que entonces podían encabezar un movimiento revolucionario. Por ello mismo considera la proclamación de la abolición de la esclavitud ~~o revolución~~ en 1868 como aspecto esencial para medir la posición revolucionaria de Céspedes y sus seguidores, en tanto se trataba de la decisión más radical en el orden social, en una sociedad esclavista. Insiste, además, en que no es posible analizar las actitudes de entonces, a partir del grado de desarrollo de las ideas revolucionarias en la actualidad, porque por entonces “... (...) cosas que hoy son absolutamente claras, verdaderas incuestionables, no lo eran, no lo podían ser todavía en aquella época” (Castro, F. 43, p. 70).

El 95 es para Fidel Castro, un momento superador de la Guerra de los Diez Años, entre otras razones, por la visión antiimperialista de Maceo y sobre todo de Martí, hecho que mide, a su juicio, el desarrollo del pensamiento revolucionario finisecular. Refiriéndose a la carta de Martí a Mercado en vísperas de su caída en combate, Fidel Castro expresa que el Maestro fue capaz de ver tan tempranamente el papel que desempeñaría el imperialismo en este continente “... (...) con un examen que bien pudiera atribuirse a un marxista, por su profundo análisis, por su sentido dialéctico, por su capacidad de ver que en las insolubles contradicciones de aquella sociedad se engendraba su política hacia el resto del mundo” (Castro, F. 43, p. 76).⁶⁹

En otros momentos Fidel Castro ha insistido en que entre los méritos históricos de José Martí había que destacar su toma de partido a favor de las masas humildes y el haber sido el crítico más profundo de su momento en Cuba y en la América Latina de los vicios de la sociedad capitalista, aun cuando señala que no alcanzó a explicar las causas de la división en clases de la sociedad y de sus luchas. Al establecer Fidel Castro los rasgos que distinguen la Guerra de los Diez Años de la Revolución triunfante en 1959, señala:

“... (...) si una revolución en 1868 para llamarse revolución tenía que comenzar por dar la libertad a los esclavos, una revolución en 1959, si quería tener derecho a llamarse revolución, tenía como cuestión elemental la obligación de liberar las riquezas del monopolio de una minoría que las explotaba en beneficio de su provecho exclusivo, liberar a la sociedad del monopolio de una riqueza en virtud de la cual una minoría explotaba al hombre” (Castro, F. 43, p. 85).

Pero la Revolución Cubana de 1959, decía Fidel Castro en 1973, no es sólo la “... (...) continuidad histórica de las luchas heroicas que inició nuestro pueblo en 1868 y prosiguió después infatigablemente en

1895...”, sino también de las que libraron los obreros y los campesinos, estudiantes, intelectuales, durante los cincuenta años de república, bajo el dominio imperialista que intentó destruir la nacionalidad; es fruto, también, “...de la ideología revolucionaria de la clase obrera; del movimiento revolucionario internacional; de las luchas de los obreros y campesinos rusos que en el glorioso octubre de 1917, dirigidos por Lenin, derribaron el poder de los zares”. A la cuestión de la soberanía popular y nacional se añadía el problema de las fuerzas directrices de la Revolución.

“Si la revolución de 1868 fue iniciada por la clase terrateniente y proseguida en 1895 fundamentalmente por las masas campesinas, en 1953 ya existía una clase obrera, a ella, portadora de una ideología revolucionaria, en estrecha alianza con los campesinos y las capas medias de nuestra población correspondía el lugar cimero y el carácter de la nueva revolución” (Castro, F. 10, pp. 8 y 9).

En breve recuento, Fidel Castro insiste en lo que el marxismo aportó por aquel entonces a la inicial formación ideológica de él y de compañeros más cercanos, en la que el pensamiento martiano desempeñara lugar cimero:

“El concepto clasista de la sociedad dividida entre explotadores y explotados; la concepción materialista de la historia; las relaciones burguesas de producción como la última forma antagónica de la producción social; el advenimiento inevitable de la sociedad sin clases, como consecuencia de la contradicción con el desarrollo de las de las fuerzas productivas en el capitalismo y de la revolución social [...] el gobierno del Estado moderno [como] junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa...”

Insiste Fidel Castro en que el marxismo aportó también la tesis de que el obrero vive sólo a condición de encontrar trabajo que sirve sólo para acrecentar el capital y que en función de ello lo encuentra, para sufrir, además, la explotación de los otros elementos de la burguesía; y que esta clase produce sus propios sepultureros, para añadir que “...Lenin nos esclareció el papel del Estado como instrumento de dominación de las clases opresoras y la necesidad de crear un poder revolucionario capaz de aplastar la resistencia de los explotadores” (Castro, F. 10, pp. 9 y 10).

La propaganda imperialista norteamericana contra la Revolución Cubana intentó basarse, por supuesto, en los prejuicios antimarxistas y antisocialistas y anticomunistas que habían exportado durante la república neocolonial; por ello no resulta una casualidad que entre las falacias enarboladas después del 1.º de Enero, se reiteraran viejas ideas como la de presentar el socialismo como una ruptura con las tradiciones nacionales y continentales y a los comunistas como agentes mercenarios de Moscú, modificadas formalmente de acuerdo con las nuevas

circunstancias. Así, la declaración del carácter socialista de la Revolución fue presentada a modo de traición a los propósitos planteados en documentos como *La historia me absolverá* que se reducían de este modo sólo al derrocamiento de la dictadura, y se intentó difundir la imagen de Cuba como satélite de la Unión Soviética en el continente.

El enfrentamiento a tales infundios se produjo en un contexto en verdad complejo, entre otras razones, porque no faltaron en el seno de la Internacional Comunista (a partir de 1929) y en el campo socialista este-europeo tendencias a considerar el modelo soviético staliniano y la peculiar interpretación de los clásicos en que se sustentó, como los portadores de la verdad absoluta. Por otra parte, la unidad del movimiento revolucionario mundial constituía una necesidad y las discrepancias teóricas, tácticas y estratégicas no debían afectar la solidaridad internacionalista.

Por último, si bien es cierto que la Revolución Cubana surgió y se desarrolló de forma original y creadora a partir de su propia interpretación teórica del marxismo y del leninismo, de una táctica y una estrategia en concordancia con sus tradiciones históricas, y gracias en primer lugar al valor del pueblo cubano, la solidaridad de la URSS y el campo socialista, y del movimiento nacional-liberador mundial, devino elemento insoslayable también para su supervivencia.

En estas condiciones, el discurso fidelista de este momento y la propia acción práctico-revolucionaria del gobierno y el Partido Comunista cubanos bajo la dirección de Fidel Castro, lograron mantener una postura que, sin hacer concesiones de principios ni aun en momentos tan complejos como la Crisis de Octubre o la ocupación militar en Checoslovaquia, defendió siempre el derecho de Cuba y de otros países a interpretar la teoría marxista y leninista desde su propia realidad histórico-cultural y su situación presente, a elegir libremente las vías que consideran más adecuadas para llegar al socialismo, sin dejar de reconocer críticamente los errores cometidos a lo largo de este complejo proceso, pero sobre la base de buscar soluciones propias a problemas propios, en el sentido martiano de este objetivo.

Precisamente este espíritu crítico y autocrático tan aguzado en Martí y en los fundadores del marxismo y del leninismo, es una de las razones por las cuales Fidel Castro es quien señala las desviaciones idealistas en lo económico en Cuba en los años sesenta y la tendencia tecnocrática y mimética que se asumió en los setenta con relación a la dirección de la economía (ver: Castro, F. 56 y 62). Entre las ideas más significativas sobre estos temas habría que destacar en el discurso fidelista de estos años, a modo de ejemplos, las siguientes:

- Hacer comprender a las masas populares la esencia de la sociedad socialista como “~~---~~(...)la aspiración a una sociedad más justa, sin explotadores ni explotados [~~---~~(...)] que no pretende que unos vivan y

otros no [---(...)] la aspiración a que todo hombre y mujer tengan la oportunidad de vivir decorosamente” (Castro, F. 15, p. 21).

- El socialismo era, además, “---(...)] el único camino honrado (---(...)] acorde con la tradición de nuestros mambises [---(...)] con la de todos los que han luchado por el bien de nuestro país---(...)]”, en tanto implicaba que “---(...)] ciertas conquistas que ya fueron trazadas incluso desde la guerra del 95 no se quedarían truncas”. Había, pues, que redimir a nuestro pueblo: “---(...)] de la incultura, del desempleo, del hambre, de la miseria, desarrollar nuestra economía, tener una economía propia [---(...)] independiente, una política independiente que acabase [---(...)] con la situación de infelicidad en que vivía la mayor parte de nuestro pueblo. Hacerlo significaba enfrentarse al imperialismo con todas sus fuerzas. Y eso es lo que hemos hecho” (Castro, F. 5, p. 88).
- Pero, además, debía quedar bien claro que “---(...)] en materia de convicción y sinceridad revolucionaria no nos enseñó nadie [---(...)] como nadie enseñó a nuestros libertadores de 1895, de 1868, el camino de la independencia y de la dignidad”. La Primera y Segunda Declaración de La Habana no fueron copiadas de ningún documento, fueron expresión “---(...)] del espíritu profundamente revolucionario y altamente internacionalista de nuestro pueblo” (Castro, F. 36, p. 13).
- El socialismo era, en pleno siglo XX, la única vía para alcanzar la segunda independencia, la económica (de la que hablara Martí convocando a la unidad de los pueblos latinoamericanos frente al imperialismo), en nuevas condiciones históricas, y el inicio de ese proceso constituía la misión histórica de la última de las colonias en liberarse de la dominación española (ver: Castro, F. 9).
- La Revolución Cubana también en su proyección socialista, acorde con la tradición histórica del país, “---(...)] seguirá su línea propia [---(...)] no ser jamás satélite de nadie, incondicional de nadie, ni pedir jamás permiso a nadie para mantener su postura en lo ideológico en lo interno y en lo externo” (Castro, F. 13^a, p. 34). Porque, para Fidel Castro,

“El movimiento comunista internacional, tal como lo concebimos nosotros, no es una iglesia, no es una secta religiosa o masónica que nos obligue a ratificar cualquier debilidad [---(...)] cualquier desviación, que nos obligue a seguir una política de compadreo con todo tipo de reformista y seudo revolucionario [---(...)]

[---(...)] si en cualquier país los que se llaman comunistas no saben cumplir con el deber, apoyaremos a aquellos que, aun sin apellidarse comunistas, actúan como verdaderos comunistas en la acción [---(...)] ¡Por que todo revolucionario verdadero [---(...)] termina siempre en el marxismo! (Castro, F. 13^a, p. 28).

La defensa del derecho de la Revolución Cubana a seguir su propio camino en la construcción del socialismo no implicó la ilusión de

considerarnos los únicos poseedores de las verdades revolucionarias,⁷⁰ por ello, Fidel Castro insiste en 1968, en la existencia de un cierto subdesarrollo en el campo de las ideas políticas, del que se derivaba a su juicio “...[...] la enorme crisis que existe en el campo [...] de las doctrinas...[...], precisamente en el momento en que “...[...] las actitudes y los sentimientos revolucionarios del mundo crecen...[...], por ello, nadie “...[...] puede decir que tiene toda la verdad” (Castro, F. 17, p. 43).

Para Fidel Castro, en 1968,

“El ideal de la sociedad comunista no puede ser el ideal de la sociedad burguesa industrializada [...] de la sociedad de consumo burguesa capitalista. Ese ideal no puede olvidarse un sólo instante del internacionalismo. Los que luchan por el comunismo dentro de cualquier país del mundo no pueden nunca olvidarse [de] cuál es la situación de miseria, de subdesarrollo, de pobreza, de ignorancia, de explotación en ese resto del mundo...” (Castro, F. 1, p. 13).

Insiste en que el socialismo no tiene nada que ver con los métodos burocráticos en la dirección del país,

“...[...] la falta de contacto con las masas [...] el olvido de las ideas comunistas [...] de que los hombres en la sociedad de clases [...] cuando hablan de socialismo [...] de comunismo, hablan no sólo de una sociedad donde de hecho desaparezca la explotación, y el subdesarrollo desaparezca [...] sino también de [...] una sociedad donde [...] empieza toda la sociedad a trabajar [...] para establecer entre los hombres el imperio de la justicia, de la fraternidad, de la igualdad y de todos esos ideales de la sociedad humana y de los pueblos que han aspirado siempre a lograr esos objetivos...[...].” (Castro, F. 13^a, pp. 12 y 13).

Sin condenar a los países socialistas que habían tomado la decisión de enviar tropas a Checoslovaquia, el énfasis es puesto por Fidel Castro en el “...[...] derecho a exigir que se adopte una posición consecuente en todas las demás cuestiones que afectan al movimiento revolucionario en el mundo”, partiendo de posiciones de principios (Castro, F. 1, p. 27).

Considera Fidel Castro hacia 1976, que “No hay obra humana perfecta [...] La marcha de la humanidad hacia el futuro debe conocer experiencias dolorosas, pero ese futuro pertenece a los principios, a la solidaridad revolucionaria entre los pueblos, al socialismo, al marxismo leninismo y al internacionalismo” (Castro, F. 14, p. 22). Planteamientos de esta naturaleza contribuyeron sin duda a explicitar la posibilidad de articulación entre el pensamiento martiano y el marxismo y el leninismo, por medio de problemáticas tan importantes en el debate ideológico contemporáneo como la idea del desarrollo como tendencia general del devenir histórico no exenta de momentos de retrocesos.

La construcción del socialismo en una coyuntura histórica inédita como la de Cuba en los años sesenta, exigía continuar la tradición del Moncada en el sentido mariateguiano de partir de una interpretación de las ideas de Marx, Engels y Lenin, que surgiera de las raíces histórico-culturales del país y de su situación presente. Se trataba —y eso estuvo bien claro para Fidel Castro desde sus primeros contactos con la ideología del proletariado— de concebirla en el sentido engeliano-leninista de guía para la comprensión y transformación de la sociedad, presupuesto presente en los fundadores del marxismo y el leninismo en Cuba, aun cuando no siempre ni antes ni después del 1ro. de Enero, fuese posible eludir de manera absoluta la influencia de versiones vulgarizantes, ni impedir que se cometieran errores en la práctica revolucionaria, en su mayoría rectificadas a tiempo, con un profundo sentido crítico y autocrítico, presupuesto perfectamente compatible con la tesis martiana de analizar los fenómenos y procesos histórico-sociales a partir de su propia naturaleza, sin despreciar la teoría ni la experiencia internacional, pero teniendo en cuenta los rasgos específicos regionales y epocales.

En el discurso fidelista de estos años estuvo presente siempre el llamado a la unidad de las fuerzas revolucionarias internacionales y muy especialmente del campo socialista y el movimiento de liberación nacional, precisamente sobre la base del ejercicio de la crítica y la autocrítica colectiva en su interior. Del mismo modo, ni aun en los momentos en que hubo discrepancias serias, dejó de reconocer Fidel Castro la ayuda solidaria de la URSS en primer lugar, y del campo socialista en general, a la Revolución Cubana, y la importancia que la misma tuvo para la supervivencia de un proceso que, no obstante, y esto también quedó definitivamente esclarecido por entonces, fue resultado del esfuerzo y el valor del pueblo cubano, iniciado y llevado al triunfo sin ninguna ayuda exterior, y que en momentos en que todo parecía indicar que pereceríamos víctimas de un ataque nuclear, el país estuvo dispuesto a desaparecer antes que hacer concesiones de principios en lo que concernía al pleno ejercicio de la libertad y la soberanía, y el respeto a la dignidad plena de todo un pueblo.

La concepción del socialismo, con sus aciertos y errores, que emanó de las necesidades impuestas por las condiciones histórico-concretas nacionales e internacionales, como solución creadora y propia a los problemas propios y como resultante de la evolución del pensamiento revolucionario cubano, debía sustentarse en “~~...~~(...)la historia, y en las concepciones de Marx y Engels, que más tarde fueron enriquecidas por Lenin” (Castro, F. 52, p. 6). Pero, para Fidel Castro —afirma en 1967—, como para Mella y Mariátegui,

“~~...~~(...)ser marxista-leninista implica, en primer lugar, tomar el marxismo en su esencia creadora, su esencia dialéctica, sus principios fundamentales, y aplicarlos con un criterio revolucionario [~~...~~(...)] con un sentido dialéctico también a una realidad concreta.

Nosotros respetamos las interpretaciones que otros dan a sus realidades en cuanto a la forma y modo de construir el socialismo [...] de aplicar las ideas marxistas” (Castro, F. 9, p. 17).

Se trata de que, para Fidel Castro, tal y como afirma en 1973, el sueño de Marx de una sociedad sin explotadores ni explotados, que la concibió como desenlace natural de los regímenes capitalistas desarrollados, es, incluso en los pueblos pobres y subdesarrollados, el único camino para avanzar económica y socialmente sin los horrores y los sufrimientos del desarrollo capitalista (ver: Castro, F. 10).

Dos años más tarde insiste en que como “[...] las ideas de Baliño y Mella eran las más justas y revolucionarias de nuestra época [...] una revolución verdadera y definitiva [...] en nuestra patria tenía que ser bajo las banderas del marxismo leninismo”.⁷¹ Para Fidel Castro, como para Mella y Mariátegui, únicamente “[...] a la luz del marxismo es posible comprender no sólo el curso actual de los acontecimientos, sino también toda la evolución histórica nacional y el pensamiento político cubano en el siglo XIX” (Castro, F. 44, p. 10).

Es precisamente esta convicción, a la que había arribado ya en los días del asalto al Moncada, la que le permite el reanálisis de la historia de Cuba y su expresión en las ideas a la luz de la concepción materialista de la historia —en la misma línea iniciada por Mella, Villena y por Mariátegui en el caso del Perú—, en cuyo proceso se percata de los nexos de continuidad y superación entre las tradiciones nacionales —incluido en primer término el pensamiento martiano— y la ideología del proletariado y de la importancia que tenía la comprensión de esta articulación para la formación ideológica, la conciencia revolucionaria que debía preceder a las grandes transformaciones de la sociedad cubana; en el mismo sentido previsto por Martí y por los fundadores del marxismo y el leninismo. Numerosas son las referencias directas a estos nexos; basta citar, a modo de ilustración de sus ideas al respecto, algunos momentos significativos en el abordaje de esta temática.

A propósito de la investidura como profesor Honoris Causa en la Universidad Carolina de Praga, en 1972, Fidel Castro señala:

“En realidad, puede decirse que el proceso revolucionario de Cuba es la confirmación de la fuerza extraordinaria de las ideas de Marx, de Engels y de Lenin.

Deseo afirmar aquí que no se habría podido ni concebir siquiera la revolución cubana —un acontecimiento que parecía muy difícil [...] para muchos constituía un imposible— [...] si no es partiendo de las ideas esenciales y de los principios del marxismo” (Castro, F. 42, p. 353).

Dos años antes, al conmemorarse el centenario del natalicio de Lenin, Fidel había insistido en que “...sin las tradiciones no habría podido

nuestro pueblo [...] convertirse en el primer país socialista de América Latina; último en liberarse del coloniaje español, primero en liberarse del imperialismo yanqui” (Castro, F. 43ª, p. 19).

Por este mismo sentido de continuidad y de superación histórica e ideológica, Fidel Castro insiste en que lo que nos admira de Martí no es que fuera “marxista-leninista”, porque no podía serlo en momentos en que en Cuba lo que se imponía era una revolución nacional-liberadora frente al colonialismo español, aun cuando expresó su admiración por el Marx que se puso del lado de los pobres; esa grandeza de Martí está dada porque “...[...]

vio en el año 1895, el desarrollo de los Estados Unidos como potencia imperialista y escribe y alerta al pueblo para eso. Véase si Martí era realmente un revolucionario genial” (Castro, F. 7, p. 86). Esa genialidad está dada, además, porque no sólo “...[...]

llamó al imperialismo por su nombre: imperialismo...[...]

”, sino que, además, advirtió a los pueblos latinoamericanos “...[...]

que ellos estaban más que nadie interesados en que Cuba no sucumbiera a la codicia yanqui, despreciadora de los pueblos latinoamericanos” (Castro, F. 37, p. 13). Pues no hay que olvidar que para Fidel Castro, la revolución en América Latina no tiene necesariamente que empezar por la proclamación del socialismo, aun en nuestros días, sino por la conquista de su segunda independencia, por la revolución antiimperialista. Se trata, como expresa en 1968, de que

“Si las raíces de la historia de este país no se conocen, la cultura política de nuestras masas no estaría suficientemente desarrollada. Porque no podríamos siquiera entender el marxismo [...[...]] si no comenzamos a comprender el propio proceso de nuestra revolución, y el proceso de desarrollo de la conciencia, el pensamiento político y revolucionario de nuestro país durante cien años, si no entendemos eso, no sabemos nada de política” (Castro, F. 44, p. 18).

Los hombres que elaboraron la estrategia de la etapa de la lucha revolucionaria que culminó en la victoria de Enero, expresa Fidel Castro en 1975, xxx

“...[...]

recibieron la experiencia de nuestras luchas en el terreno militar y político, pudieron inspirarse en las heroicas contiendas por nuestra independencia [...[...]] y nutrirse del pensamiento político que siguió la revolución del 95 y la doctrina revolucionaria que alienta la lucha social liberadora de los tiempos modernos que hicieron posible concebir la acción sobre estos sólidos pilares: el pueblo, la experiencia histórica, las enseñanzas de Martí, los principios del marxismo leninismo y una apreciación correcta de lo que en las condiciones peculiares de Cuba podía y debía hacerse en aquel momento” (Castro, F. 57, p. 25).

Si la revolución política nacional-liberadora y antiimperialista tenía sus raíces en las tradiciones nacionales y muy especialmente en el pensamiento martiano, la revolución social y el modelo de república encontraron sus fuentes nutricias en la ideología del proletariado y en la proyección socialista, a partir de su adecuación a esas raíces histórico-culturales y a la situación presente.⁷²

La Revolución Cubana a partir de la destrucción del socialismo en la URSS, a modo de conclusiones

La plena convicción de que el socialismo había surgido en Cuba como una necesidad histórica que se expresa en la articulación⁷³ de las tradiciones nacionales revolucionarias y la ideología del proletariado por parte de Fidel Castro y la comprensión de ello por las masas populares en cuyo seno su labor ideológica, desplegada durante años, ha sido principal factor de concientización, constituyen uno de los elementos claves a tener en cuenta a la hora de comprender el porqué de la permanencia de la Revolución Cubana, fiel a sus principios, objetivos, medios y fines iniciales, a varios lustros de la caída del muro de Berlín, hecho histórico que no pueden explicarse quienes pronosticaron su desaparición inmediata como consecuencia de la destrucción del socialismo en la URSS y en Europa del Este.

Se trata, además, de uno de los aspectos que, unido al acendrado espíritu crítico y autocrítico que ha caracterizado el pensamiento y la actividad práctico revolucionaria, han permitido a Fidel Castro avizorar, en fecha tan temprana como 1989, la posibilidad de que el proceso de la perestroika, en lugar de conducir al perfeccionamiento del socialismo — objetivo que con anterioridad se había planteado la Revolución Cubana con la rectificación de errores y tendencias negativas como una necesidad del socialismo—, trajera como consecuencia la destrucción de la Unión Soviética y el campo socialista este-europeo.

El discurso fidelista ~~de finales~~ de los noventa ha tenido entre sus temas centrales, precisamente el análisis de la situación en la URSS y Europa del Este y sus causas, entre las cuales insiste en los errores en la construcción del socialismo a los que en alguna medida se había referido con anterioridad; la labor desestabilizadora del imperialismo; los errores en la conducción del proceso de cambios.⁷⁴

Pero sobre todo, Fidel Castro insiste en lo que considera cuestiones de principio: la acrítica negación total de la historia del país sin tener en cuenta los grandes éxitos de la URSS en la transformación de la sociedad y el papel desempeñado a nivel internacional como freno a las ansias hegemónicas del imperialismo y en el auge del movimiento nacional-liberador; la desmoralización del Estado y sobre todo del Partido y su destrucción; el abandono de los principios marxistas y leninistas y la

negación de su carácter de teoría revolucionaria de vigencia y actualidad, aun cuando fuera necesario su constante enriquecimiento y su asunción crítica y creadora.

Todo ello condujo a la dirección de la URSS a olvidar la esencia clasista de la democracia y de las “libertades” públicas en Occidente con la implantación de la famosa *glassnot*; a la negación del internacionalismo, y a proclamar el fin de las ideologías, negando con ello la existencia de la lucha de clases y de la explotación imperialista. Considera Fidel Castro que la historia demostrará hasta dónde y en quiénes hubo ingenuidad, falta de capacidad política, precipitación o premeditada traición al pueblo.

Los nexos que históricamente habían existido entre Cuba y la URSS, la admiración y el respeto por las proezas y los sacrificios heroicos del pueblo soviético a lo largo de su historia, la inevitable influencia de la primera revolución socialista del mundo y del modelo de construcción del socialismo (que a juicio de Fidel Castro en ocasiones traspasó los límites lógicos incidiendo en que Cuba no se desarrollara todo lo rápidamente que tal vez hubiera podido en otras circunstancias), la necesidad de producir cambios en la construcción del socialismo que inicialmente planteó la perestroika y el indudable atractivo de una “libertad absoluta” (realmente inexistente en un mundo dividido entre explotadores y explotados), podían conducir a algunos a la identificación de la problemática cubana con la situación creada en la URSS, diferentes en su esencia, y a una copia mimética, acrílica —tan combatida por Martí y por los fundadores de la ideología del proletariado en sus momentos históricos—, que implicara el intento de trasladar mecánicamente a Cuba las medidas que comenzaban a tomarse.⁷⁵

Nada de esto fue ajeno a lo que con toda evidencia en el discurso fidelista de principios de los noventa se expresó como un nuevo enfoque táctico y estratégico de la práctica revolucionaria en lo político, lo económico y la defensa, y por supuesto, en lo relativo a la toma de conciencia de las masas populares, de las consecuencias para Cuba y para el mundo, de una posible restauración del capitalismo en Europa del Este y en la URSS, e incluso de la desaparición de esta, cuyo acierto la historia se encargaría de demostrar.

Como nuevos temas aparecen, además del análisis de este proceso en sí mismo, la concepción del período especial en tiempo de paz y la opción cero, así como la aceleración de la preparación del país para lo que ya había sido planteado como “guerra de todo el pueblo”, basada en las tradiciones mambisas y el movimiento guerrillero de la Sierra Maestra.

En lo que se refiere a la articulación de las tradiciones nacionales revolucionarias y la ideología del proletariado —problema objeto de nuestro estudio—, más que novedades temáticas, lo que tiene lugar es la reiteración y desarrollo más profundo de ideas expuestas ya en etapas precedentes, en función de la comprensión por parte del pueblo de la singularidad del proceso revolucionario cubano con relación al de la URSS y el este-europeo, por lo cual los errores y tendencias negativas que se

había propuesto rectificar el país bajo la dirección del Partido, ni eran los mismos de otros procesos, ni exigían la reproducción acrítica y precipitada de soluciones foráneas, siguiendo una vez más, también en este caso, la prédica martiana, marxista y leninista.

Frente a la confusión y la pérdida de valores que acarrió la caída del muro de Berlín, no había que identificar la obra de Marx, Engels y Lenin con determinadas interpretaciones, ni al socialismo con los errores cometidos en su puesta en práctica. Por ello tenía especial importancia destacar la vía propia que había seguido la lucha del pueblo cubano por su liberación y las dos fuentes esenciales de ideas, de cuya articulación había surgido el pensamiento que guiaba a la Revolución en el siglo XX:

“... (...) nuestra Revolución se inspiró en las ideas martianas y en las ideas marxistas; es una síntesis de ambas y sigue siendo esa síntesis, lo que debe ser más perfecta, más completa, más cabal. Sobre todo, hay que poner mucho énfasis ahora en lo propio, en lo nacional, en lo martiano, sin olvidarnos ni un minuto del marxismo y del leninismo” (Castro, F. 32, p. 29).

Si en momentos precedentes la historia de Cuba y el pensamiento nacional no habían sido suficientemente estudiados y divulgados, no se trata de ignorar ahora que el marxismo y el leninismo formaban parte también de las tradiciones revolucionarias cubanas, no como una suma ecléctica, sino como la resultante de un proceso lógico natural que, al profundizarse y hacerse más cabal y completo ha ido develándose en su articulación interna, esencial.

Llevar a la conciencia de las masas la comprensión de esta articulación ha constituido más que nunca una necesidad, en momentos en que Cuba, por el imperativo de las circunstancias ha tenido que insertar su economía en el mundo capitalista occidental, en el cual el imperialismo adopta el ropaje neoliberal como vía para que la tendencia a la mundialización económica conduzca a la unipolaridad, el hegemonismo político y la homogeneización cultural. En tales condiciones, la ineludible introducción en la vida nacional de ciertos elementos capitalistas podía repercutir en la esfera ideológico-cultural. Todo ello tiene que haber influido en la selección por parte de Fidel Castro, de un conjunto de ideas claves, dirigidas a reafirmar el derecho de Cuba a seguir su propio camino hacia el socialismo. Entre esas ideas se destacan, por su importancia para la toma de conciencia de las masas populares, del peligro de la actual coyuntura histórica, las siguientes:

- Las confusiones de la izquierda en el ámbito internacional tienen su origen en la coincidencia del derrumbe del socialismo y la mayor crisis de toda la historia del capitalismo.

- En la misma medida en que aumenten los efectos de esa crisis resurgirán con más fuerza las ideas marxistas y leninistas, y el socialismo como única solución posible.
- El capitalismo pone en evidencia cada vez con más fuerza su incapacidad para resolver los problemas de la humanidad.
- La historia ha asignado a Cuba la misión de mantener en alto las banderas del socialismo y la cumplirá aunque se quede sola en el empeño.
- Cuba defiende hoy la revolución de todos los explotados y de los pueblos oprimidos del mundo, por ello crece la solidaridad internacional con nuestro país.
- Salvar la patria, la Revolución y el socialismo es el objetivo supremo del pueblo cubano para seguir existiendo como nación.

En la argumentación de estas ideas se destaca, como una de las características fundamentales del discurso fidelista también en estos años, la demostración histórica de que la interpretación propia de las concepciones de los clásicos del marxismo y el leninismo y la proyección del camino hacia el socialismo de la Revolución Cubana, han tenido en su esencia la articulación de la ideología del proletariado con las tradiciones nacionales revolucionarias y muy especialmente con el pensamiento martiano.

A propósito de la validez actual del marxismo y el leninismo y del futuro del socialismo Fidel Castro plantea en 1990 que “Las ideas revolucionarias ni están vencida, ni mucho menos, están pasando por un momento difícil, pero volverán con más firmeza, y volverán más rápido cuanto más injusticia haya en el mundo”. En este mismo discurso insiste en que “La obra de Lenin perdurará en la historia y ayudó a cambiar el mundo [...] significó el surgimiento del primer Estado socialista de la historia de la humanidad, y ese Estado salvó a la humanidad del fascismo” (Castro, F. 25, p. 104).

En abril de ese año había proclamado que “...[...] las ideas del socialismo son las más justas del mundo y esas ideas se irán abriendo paso. Tendrán avances, tendrán retrocesos, pero al final serán las ideas prevalecientes en el seno de la humanidad que quiera ser humana de verdad, de un hombre que quiera ser solidario y no una fiera, y esa sociedad de fieras no tiene futuro” (Castro, F. 4, p. 238).

No podía faltar la reiteración del derecho a una interpretación propia de los clásicos frente a la renuncia al marxismo de los que califica de oportunistas:

“Lenin y su pensamiento significaron y significan mucho para nosotros, que hemos interpretado sus ideas y las ideas de Marx y de los teóricos de la revolución [...] de una forma original, por cada país, por cada proceso revolucionario. Esas ideas mantienen toda su

vigencia en nuestro proceso revolucionario, en un tiempo en que algunos se horrorizan de llamarse comunistas... (Castro, F. 25, p. 77).

En una época similar a la de los primeros años de la Revolución, “...hablar de socialismo o hablar de comunismo aterrorizaba a mucha gente...” pues “...vivimos de nuevo en tiempos que parece prohibido hablar de socialismo o de comunismo...” en momentos en que “...se habla de capitalismo [...] se habla de neoliberalismo [...] pero de la misma forma [...] hay temor de hablar de imperialismo [...] y el imperialismo [...] está más vigente y fuerte que nunca” (Castro, F. 34, p. 2). Porque para Fidel Castro, el neoliberalismo es la expresión última del capitalismo y del imperialismo y el capitalismo está destinado a devorarse a sí mismo. Por ello considera que la humanidad está viviendo el momento más importante de su historia:

“Haya o no guerra, haya o no período especial, este momento es el más importante de la historia de nuestro país y uno de los más importantes del mundo, en que se decide si todas las banderas revolucionarias se pliegan y si una gigantesca ola contrarrevolucionaria se apodera del mundo por un período prolongado de tiempo, o se lucha, se resiste, y se da el ejemplo y se hace lo que hay que hacer. Y nosotros podemos sostener esas banderas, en cualquier circunstancia” (Castro, F. 33, pp. 131 y 132).

Cuba está en condiciones de cumplir esa misión histórica porque

“El socialismo [...] no es ni puede ser una decisión coyuntural, el socialismo era una necesidad histórica insoslayable [...] era el resultado del desarrollo político e ideológico de nuestra sociedad, el mayor y mejor fruto de nuestra historia.

Si queríamos ser verdaderamente un país independiente [...] libre [...] dueño de su destino [...] con derecho a construir con verdadera justicia social su propio porvenir, en una nación que fue primero colonia durante siglos y después neocolonia yanqui un montón de años, si queríamos acabar con toda aquella injusticia [...] había que barrer con el sistema capitalista [...] lo hemos barrido de nuestra patria y no regresará jamás, al menos, mientras haya un comunista, un revolucionario, un patriota en esta tierra” (Castro, F. 16, p. 23).

Por ello es que el pueblo de Cuba tiene que estar consciente de que “...con la Revolución somos todo, sin la Revolución no seríamos nada. Sin la Revolución no habría independencia [...] nación [...] Sin la Revolución no se podría ni hablar siquiera de la existencia del país...” (Castro, F. 33, pp. 98 y 99). Hoy, para Fidel Castro, “...estamos defendiendo incluso, aquel sentimiento tan íntimo, aquella convicción y

deseo tan grande de Martí. El luchaba entonces por la independencia de Cuba, nosotros luchamos hoy por mantener esa independencia con la misma pasión que él. Y nunca sobre el pueblo cayó tanta responsabilidad, tanto honor”.

Porque no podría tener el pueblo cubano una ideología internacionalista, o la idea de justicia social, si se olvida las raíces propias, si se olvida el camino que nos ha conducido al presente. Para Fidel Castro, la acción revolucionaria de Céspedes, de Agramonte, Gómez o Maceo o Martí son antecedentes históricos de la Revolución socialista, en tanto, de no ser por el camino por ellos emprendido, nos habrían vendido a los Estados Unidos, y no habría ni patria ni nación cubanas. Es esta experiencia nacional uno de los factores que le permite señalar los errores de principio del proceso que condujo a la desintegración del socialismo y de la URSS misma:

“Usted no puede hacer rectificaciones o cualquier cambio [...] de una sociedad, si usted empieza destruyendo la historia del país. Imagínense que nosotros empezáramos destruyendo la historia del país [...] a ignorar a los mártires del país [...] a los que dieron su vida por la causa de la patria [...] [...] pero usted no puede perfeccionar nada en el socialismo destruyendo el partido [...] destruyendo el Estado...” (Castro, F. 31, p. 222).

Se trata de que independientemente de “...[...] los errores, la construcción del socialismo y los logros alcanzados por la Unión Soviética, son de las más grandes proezas de la historia...[...]”, del mismo modo que “...[...] el sacrificio que llevó a cabo la Unión Soviética es de los más grandes heroísmo de la historia” (Castro, F. 59, p. 94). A juicio de Fidel Castro, “...[...] los que en la historia han tratado de sobrevivir haciendo concesiones, nunca han sobrevivido [...] Si la Revolución Cubana existe desde hace más de treinta años [...] es porque no ha hecho concesiones” (Castro, F. 4, p. 226).

Los cambios que están teniendo lugar en Cuba se han hecho “...[...] sin renunciar a la independencia, y a la soberanía; hacemos cambios, pero sin renunciar al verdadero principio del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo” (Castro, F. 21, p. 226).

Considera Fidel Castro que

“...[...] puede haber incluso, pueblos que vivan un proceso revolucionario y después cometerse tantos errores que puedan dar al traste con una revolución. Una revolución no está garantizada por el simple hecho de ser auténtica, sino que en las condiciones en que tiene que desenvolverse una revolución tan avanzada como lo es una revolución socialista en el mundo de hoy, tiene que actuar con gran sabiduría para marchar adelante” (Castro, F. 32, p. 275).

Pero resulta necesario en este sentido, hacer mención a las alusiones más recientes de Fidel Castro a Lenin, en el contexto de los cambios que se han producido en el mundo, al evidenciarse la agudización del proceso de mundialización y la opción neoliberal que expresa los cambios que han tenido lugar en el contexto del imperialismo como sistema de dominación mundial, en tanto evidencian la vigencia en su pensamiento de la articulación de las ideaciones marxistas más radicales y de la ideología del proletariado para el análisis de la realidad contemporánea. Refiriéndose a los nexos entre las concepciones de Marx y Lenin sobre la revolución en las actuales circunstancias del mundo, ha dicho Fidel Castro que Marx

“...no concebía el socialismo en un sólo país. Ninguno de los autores y teóricos del marxismo, hasta finales de la Primera Guerra Mundial, concibieron el socialismo en un solo país, porque lo vieron como algo realmente imposible [...] Incluso cuando se produce la famosa revolución de Octubre no concebían el socialismo en aquel país atrasado de Europa [...]

Se produce el socialismo, después de una guerra que destruyó las pocas industrias que tenían [...] y con una naciente y muy combativa clase obrera y un 80% de campesinos tratan de construir el socialismo. Lo otro era rendirse y prefirieron la opción de intentar construir el socialismo en aquel país. Cuando desaparecieron las esperanzas de revoluciones en Alemania y en otros países industrializados [...] iniciaron aquella tarea.

[...] en determinado momento Lenin concebía la construcción del capitalismo bajo la dirección de los trabajadores [...] Pero fue tal el acoso, las agresiones, el aislamiento y la situación crítica que no le quedó más remedio que aceptar aquel desafío.

Y no les quito la razón. Digo sinceramente que si me hubiera visto en una situación como esa, hubiera hecho eso; porque al fin y al cabo eran todavía más irracionales las posibilidades de que nuestra revolución se mantuviera después que se derrumba el campo socialista [...] Y sin embargo dijimos: Vamos a proseguir. De eso han pasado ocho años” (Castro, F. 3, p. 6).

Es evidente que para Fidel Castro, hoy, la tesis de la revolución mundial, adecuada a las nuevas condiciones históricas, por supuesto, va tomando actualidad desde la perspectiva de la visión ecuménica marplatense, en la que no dejan de existir puntos de contacto con las ideas que tenía Martí en torno a la dimensión universal de la independencia de Cuba y Puerto Rico con relación al equilibrio entre las dos Américas y del mundo, y con relación a la unidad latinoamericana con vistas a conquistar la independencia económica, en el mismo sentido en que habla hoy Fidel Castro de la necesidad de “globalizar” la solidaridad:

“Hoy, obligadamente, la lucha de cualquier país, de cualquier pueblo, especialmente de los pueblos del Tercer Mundo, se convierte en una lucha por el mundo, en una lucha universal” (Castro, F. 3, p. 6).

Pero ello no niega, para Fidel Castro, lo acertado —en su momento y en el de la Cuba de 1959— de la tesis leninista en cuanto a la posibilidad de la revolución en un sólo país, atrasado por demás con relación a las grandes potencias imperialistas de entonces: del mismo modo que la idea fidelista en torno a que hoy resulta mucho más difícil el triunfo, y sobre todo la permanencia de un proceso de cambios en un país aislado, especialmente en el mundo subdesarrollado, no implica cruzarse de brazos, y no dar la batalla, por modesta que sea, contra el imperialismo donde quiera que tal posibilidad exista: “Cualquier granito de arena que se ponga —unos pueden más, otros menos” (Castro, F., 3, p. 6).

Se trata, hoy más que nunca, de que la lucha de cada pueblo deviene necesariamente lucha por salvar el planeta en su conjunto, lucha por toda la humanidad y en este contexto también se reafirma la vigencia del contenido más profundo de la frase martiana “Patria es humanidad”: “Nuestra batalla es una batalla no sólo de supervivencia o de sobrevivir por sobrevivir, no; es una batalla para participar en la lucha por un mundo mejor. Para participar en la lucha junto al mundo” (Castro, F. 3, p. 7).

Fidel Castro comprendió plenamente, desde los días en que planeaba el asalto al Moncada, que el error fundamental de la Revolución de 1933 en Cuba había sido la incapacidad de la izquierda para lograr la unidad. Sabía muy bien desde entonces, que la división de los pueblos, de las fuerzas revolucionarias era el arma principal del imperialismo: “En mi vida revolucionaria he meditado muchas veces sobre todos estos problemas. Porque el pluripartidismo es el gran instrumento del imperialismo para mantener a las sociedades impotentes [...] El partido es nuestro instrumento fundamental [...] de la Revolución y de la construcción del socialismo...” (Castro, F., 28, p. 5). Insiste en que “Ni Carlos Marx, ni Lenin, ni Engels, dijeron qué día se acabaría el partido [...] dijeron que un día desaparecería el Estado [...] todavía por lo que se ve, está lejos el momento en que se acabe el Estado...(...)” (Castro, F. 29, p. 16).

La idea de un partido para organizar la revolución sobre la base de la unidad de las fuerzas revolucionarias tenía en Cuba también sus antecedentes en el Partido Revolucionario Cubano fundado por Martí, del cual se sintieron continuadoras las organizaciones revolucionarias que habían precedido al Partido Comunista de Cuba (1965), durante la república neocolonial. Ese partido era, y es, pues, la mayor garantía de la unidad actual del pueblo cubano.

La Revolución Cubana, encabezada por el Partido Comunista de Cuba, como ha dicho Fidel Castro, ha tenido una extraordinaria significación para los pueblos latinoamericanos y en general para el Tercer Mundo, no sólo porque ha demostrado la posibilidad de que un país pequeño se enfrente victoriosamente al imperialismo, sino además, porque al ser Cuba desde enero de 1959 un país libre, soberano, capaz de

defender sus posiciones en los foros internacionales sin subordinación a ningún otro país del mundo, ha contribuido a hacer más libres al resto de los países subdesarrollados del planeta. La caída del muro de Berlín ha demostrado con creces esta verdad.

Si en 1895, bajo la dirección de Martí, el inicio de la **Guerra Revolución** de Independencia marcaba el comienzo de la lucha antiimperialista y antineocolonial en el mundo, en 1995, la última etapa de esa lucha, la Revolución encabezada por Fidel Castro, no sólo demostraba la justeza del llamamiento martiano de entonces a la unidad de los pueblos latinoamericanos contra su principal enemigo —la otra América, la anglosajona— para lograr su segunda independencia, punto de partida de los procesos revolucionarios en la América Latina de hoy, sino, además, se convertía en bastión, en este continente, de la revolución social que Martí creyó inevitable en los países capitalista desarrollados, y probable en nuestra América y en Cuba, de no lograrse la instauración de repúblicas verdaderamente democráticas y si no se conjuraba lo que denunció como peligro inminente: la nueva forma de dominación, la neocolonial imperialista.

Esa **revolución social sociedad de justicia social para los humildes** que Martí quería **instaurar -en Nuestra América evitar para buscar- por otros** medios no violentos **la justicia social para los humildes**, no podía ser en nuestros días otra que la **revolución** socialista fundamentada en la teoría marxista y leninista, cuya primera expresión victoriosa en la América Latina se ha producido precisamente en la última de las colonias españolas y primer experimento neocolonial norteamericano en este lado del mundo. Por eso, la Revolución Cubana ha devenido símbolo de las luchas de todos los pueblos oprimidos del mundo, y ha despertado la solidaridad en todos los confines del planeta, de aquí la importancia universal del cumplimiento de la misión que la historia ha asignado al pueblo cubano, como ha dicho Fidel Castro en diversos momentos: “Somos todo un símbolo y estamos jugando un papel que no lo buscamos, pero nos cayó encima y tenemos que desempeñarlo, somos una esperanza, somos una trinchera de la independencia de América Latina [...] somos una trinchera de las más justas causas del mundo” (Castro, F. 28, p. 5).

El valor universal de la Revolución Cubana hoy, para Fidel Castro radica precisamente en su capacidad para resistir y vencer, porque ello significa no sólo mantener en alto las banderas del antiimperialismo y el socialismo, las ideas de los grandes líderes y pensadores revolucionarios latinoamericanos desde Bolívar hasta Martí, desde Martí hasta Mella, Villena, Mariátegui y el Che, sino también las de los grandes guía del proletariado (Marx, Engels y Lenin) y todas las masas explotadas del mundo.

Estas ideas, presentes en el discurso fidelista desde siempre, subyacentes o explícitamente expuestas, de acuerdo con las circunstancias históricas, están en la conciencia del pueblo cubano, y se abren paso en el seno de las masas populares en muy diversos confines

del planeta. La firme posición de Cuba ha contribuido, sin duda —junto a la comprobación de lo que el neoliberalismo ha traído al planeta, incluidos los antiguos países socialistas este-europeos y la extinta Unión Soviética—, al resurgir de las ideas revolucionarias antiimperialistas y socialistas que anunciara Fidel Castro a raíz de la caída del muro de Berlín.

Los pueblos del mundo saben que cuando Fidel Castro afirma “¡Confíen en Cuba!”, Cuba no sólo está defendiendo allí en aquella trinchera su propia soberanía (“...(...) nosotros entendemos que [...] estamos defendiendo también los intereses de los demás pueblos de América Latina”), está diciendo una verdad profundamente enraizada en la conciencia del pueblo cubano (Castro, F. 18, p. 145).

El análisis de la extraordinaria contribución de Fidel Castro al proceso de enraizamiento del marxismo y el leninismo en la cultura cubana, corrobora las hipótesis de las que hemos partido en el estudio de esta articulación en la evolución del pensamiento revolucionario cubano en el siglo XX —como un proceso lógico natural derivado de las circunstancias históricas nacionales e internacionales e impelido por las aristas más radicales del pensamiento martiano desde el cual casi sin excepción, los marxistas y leninistas cubanos acceden a la ideología del proletariado.

Se trata de la idea en torno a que, en la misma medida en que los marxistas y leninistas cubanos han logrado penetrar en la esencia de la realidad social, y en su devenir histórico y en la expresión de estos procesos en el pensamiento revolucionario, han estado en condiciones de enfrentar la influencia de las interpretaciones vulgarizantes de la ideología del proletariado —de la cual no hemos estado exentos, no obstante—, guiados por el afán de rescatar la esencia creadora de la teoría marxista, expresada en la tesis engeliano-leninista que concibe la ideología del proletariado como guía para la interpretación y transformación de la sociedad, de la cual fueron Mella, Villena y Mariátegui sus fundadores en la América Latina.

Para los marxistas y leninistas cubanos, desde Mella hasta Fidel Castro, si la ideología del proletariado no se enraizaba en la cultura de cada pueblo y de cada época, si no se articulaba con las tradiciones nacionales revolucionarias, no podría servir de instrumento teórico-metodológico para desentrañar los problemas esenciales del presente en una sociedad determinada, sus orígenes y las soluciones posibles, que conduzcan al establecimiento de una sociedad verdaderamente justa. Con Martí, los marxistas y leninistas cubanos tuvieron siempre muy presente que la experiencia universal es útil cuando se asume desde las propias raíces, críticamente, porque saber no es sinónimo de copiar (ver: Miranda, O. 136).